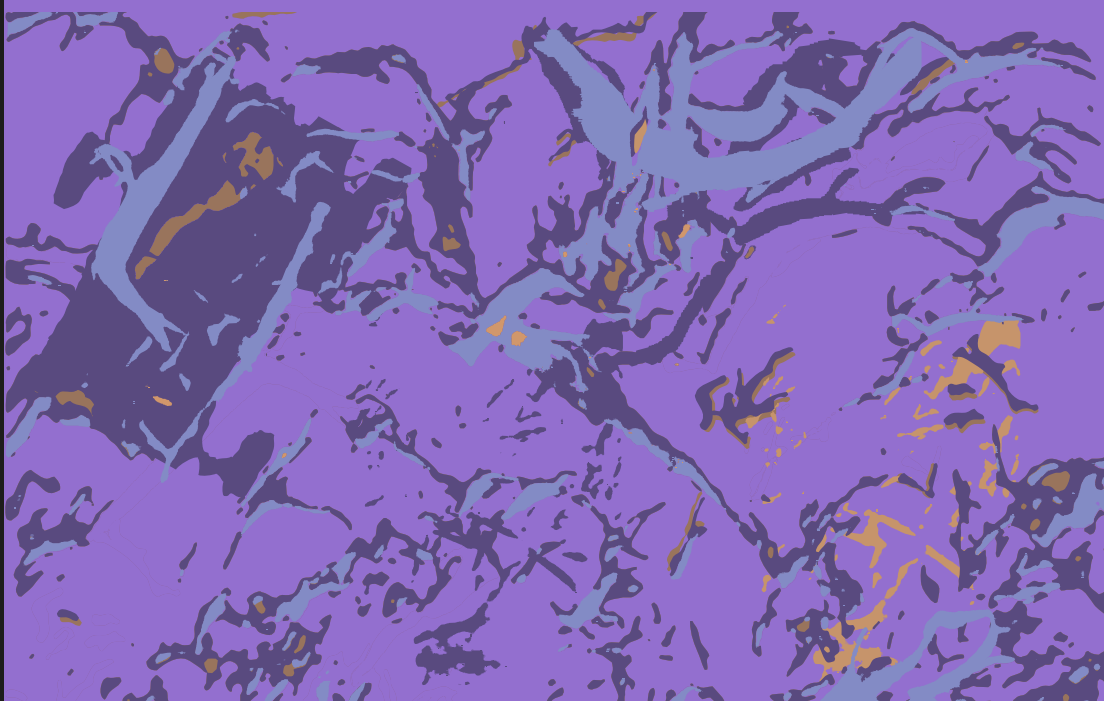


COLECCIÓN

LELIKELEN

(Abrir los Ojos)



IMÁGENES DEL CUERPO IM/PROPIO

Antología de textos

Compilación

Kemy Oyarzún

Edición

Loreto Contreras Godoy



3

IMÁGENES DEL CUERPO IM/PROPIO

LELIKELLEN

Compilación: Kemy Oyarzún
Edición: Loreto Contreras Godoy
Diseño y Diagramación: Morphmuse
Septiembre 2022

Este volumen de Lelikelen ha sido patrocinado por



Diplomado de Estética, Feminismo y Crítica
Instituto de Estética, Pontificia Universidad Católica



UNIVERSIDAD
DE CHILE

Laboratorio Interseccional de Género (LIG)
Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo (VID)
CEGECAL
Universidad de Chile

ÍNDICE

Nota a la edición4

Preámbulo: Abriendo los ojos 6

Prólogo: *El derecho a la palabra: Una diversidad de mujeres se aproxima a su cuerpo* por Patricia Espinosa H.9

Introducción: *Cuerpos Im/propias* por Kemy Oyarzún..... 21

Manifiesto: *Mi cuerpo, mi primer territorio de defensa* por Colectiva por la defensa de la Semilla 40

1. Genealogías del cuerpo *..... 41

2. Reconocerse y habitar 50

3. Cuerpos en rebeldía 80

4. La escisión y la monstruosidad 94

5. Cicatrices 108

6. Potencias 115

7. Desde otros lugares 128

* Nota: Usamos ... para indicar "sin título"

NOTA A LA EDICIÓN

Los textos que aquí se reúnen han sido organizados gracias a las relaciones, trayectorias y experiencias surgidas de sus cruces. Los presentamos para la lectura abierta y libre; ha sido la generosidad de sus autoras la que permite que esto sea así. La profesora Kemy Oyarzún ha convocado a mujeres y disidencias, de esta invitación nació un tejido poblado de puntos de encuentros, no exento de líneas de fuga.

Encontrarán un libro organizado en siete apartados: Genealogías del cuerpo; Reconocerse y habitar; Cuerpos en rebeldía; La escisión y la monstruosidad; Cicatrices; Potencias; Desde otros lugares. Estos apartados están precedidos por el Preámbulo de la profesora Margarita Iglesias, el Prólogo de Patricia Espinosa; la Introducción de la profesora Kemy Oyarzún y el Manifiesto de la Colectiva por la defensa de la Semilla Mi cuerpo, mi primer territorio de defensa.

Agradecemos a las estudiantes del Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica de la Pontificia Universidad Católica; a la Red PsicoFem; a la Colectiva por la defensa de la Semilla; a las estudiantes del curso de Teorías y de Género y Estudios culturales de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, y a todas quienes personalmente acudieron a esta invitación. Les agradecemos, sobre todo, el ánimo que las movió a compartir; cómo han usado la voz, el cuerpo y la propia vida

para tender un lazo, para crear estas imágenes. En la experiencia ajena o propia, aquí, ni cerca ni lejos, ni menos ni más; todo lo que se nos dio lo hemos recibido y de ese intercambio surge este libro. Saludamos su nacimiento, que no sólo es un tributo a la transgresión de mostrar las heridas y las potencias, de decir lo que hacemos y lo que han hecho con nuestros cuerpos, sino también una reivindicación de lo inapropiable que nuestras experiencias y vidas guardan; lo inapropiable que aquí se ha transformado en el regalo que son cada uno de estos textos.

Loreto Contreras Godoy
Editora y colaboradora Laboratorio
Interseccional de Género

PREÁMBULO:

Abriendo los ojos

Donde hay poder hay resistencia, es cierto. Lo que nosotros vemos que resiste a esta fuerza horizontal de la técnica y la macroeconomía, lo único que vemos que resiste son los cuerpos. Los cuerpos de los bichos, de las plantas y los nuestros también.

Miguel Benasayag

Cuerpos y sociedades, se tituló un reciente coloquio en Strasbourg para conversar con David Le Breton, uno de los estudiosos más importantes del cuerpo en el siglo XX. Al decir de Le Breton, los cuerpos son realidades históricas sociales cuyas expresiones son representaciones en todas las sociedades modernas; la existencia, es en primer lugar, corporal y percatarse que el cuerpo no se trata de una realidad evidente, sino que éste solo existe cuando se lo construye culturalmente. Por lo tanto, la historia del cuerpo es la historia sus representaciones de los discursos, prácticas e imaginarios que se expresan en las sociedades.

Los cuerpos de las mujeres han sido representados históricamente hasta hace algunos decenios, por los hombres, desde un universal masculino que le atribuye fundamentalmente funciones reproductivas y sensuales de una sexualidad acomodaticia al ser hombre.

En este libro conjunto realizado por profesoras del Diplomado de Estética, Feminismo y Crítica, del Instituto de Estética de la Universidad Católica, y el Centro de Estudios y Cultura en América Latina, CEGECAL, de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, las autorías nos invitan a un viaje en el tiempo y los conceptos sobre cuerpos, sociedades, problemáticas y definiciones actuales.

Cuerpos transitando, cuerpos en lucha, cuerpos confinados, cuerpos maltratados, cuerpos pesantes, cuerpos pesantes, cuerpos leves, cuerpos insoportables en la levedad del ser, cuerpo deseados y deseantes, cuerpos bellos, en fin, una multitud de cuerpos individuales y sociales que componen el ser y estar de las personas en las sociedades actuales, son escudriñados, estudiados, simbolizados, y se nos presentan para nuevas comprensiones de sus andares en estos tiempos tumultuosos y cambiantes.

¿Cómo los vivimos?, ¿Cómo los sentimos?, ¿Cómo nos ven? Investigadoras, estudiantes, militantes, nos permiten visitar las genealogías de los cuerpos, que también se presentan como cuerpos en una feminización del concepto dando lugar a nuevas palabras que permiten dar cuenta de cómo estos cuerpos influyen en diferentes aspectos de la vida y sociedad.

Bienvenido este número de LELIKELLEN que se afirma en una permanente interrogación, inquietante y saludable en este siglo XXI.

Margarita Iglesias
Directora CEGECAL

PRÓLOGO:

El derecho a la palabra: Una diversidad de mujeres se aproxima a su cuerpo.

Una diversidad de mujeres se aproxima a su cuerpo, la lee, toca, siente, disfruta, experimenta sensaciones, algunas por primera vez conscientes de este territorio propio al que se le ha negado el derecho a goce. Esta diversidad de mujeres, trabajadoras, asalariadas y no asalariadas, de edades y clases diversas, pertenecientes y no pertenecientes a espacios académicos. El resultado es este volumen, con mínimas firmas autorales en cada texto, porque se trata precisamente de una voz colectiva, diferenciada en sus matices, pero que no desea asumir una identidad sino materializar el agenciamiento de voces. La comunidad, de tal modo, se vuelve un eje de estas escrituras. El nombre propio identifica individualidades, fija territorios identitarios, otorga autoridad sobre la creación textual; sin embargo, desde acá se generan múltiples desvíos los que podemos denominar vectores de individuación. La comunidad de mujeres manifiesta su derecho a la palabra y a la escritura. Su derecho a disentir con los modelos patriarcales que le han asignado un cuerpo, así, en masculino. Y se le ha asignado funciones a ese cuerpo: gestar, ser objeto del deseo, adscribirse a los modelos patriarcales de belleza, tener sexo complaciente, soportar múltiples violencias, descuidarlo. El cuerpo es una elaboración masculina para su propio uso. Pues bien, desde el feminismo adoptamos el término “cuerpa” como un modo de apropiación y recuperación de un territorio propio, de cada mujer, el cual debe ser dicho desde acá, desde nuestro género.

Este volumen fue gestado por Kemy Oyarzún, académica, investigadora, activista y feminista, quien trabajó con diversas comunidades de mujeres a quienes solicitó explorar en la significación de sus corporalidades mediante la escritura. Las comunidades de mujeres convocadas fueron la Colectiva por la Defensa de la Semilla, las alumnas del Diplomado de Estética Feminista PUC (generación 2022), el Curso Teorías de género y estudios culturales, dictado el primer semestre del año 2021, impartido por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, la Red PsicoFem y, finalmente, un pequeño grupo de poetisas y académicas.

Cuerpa carnal y cuerpa simbólica. Dos niveles que se evidencian en estas escrituras que nos aproximan a la localización corporal, a la ocupación de un lugar en el mundo, y a su vez, a la vinculación metafórica de la cuerpa como texto, escritura. Esto me lleva a reflexionar sobre el título de este libro: *Imágenes del cuerpo im/propio*. Imágenes nos refiere a representaciones visuales de la cuerpa, una escritura que concita la mirada; pero no cualquier mirada sino la del ojo subalterno. Aquel ojo mandatado para no desobedecer mirando más allá de lo que le corresponde por asignación de género.

Recuerdo una historia personal, me ocurrió hace una década. Mi jefe de aquel entonces me señaló “Patricia, miras demasiado, más de lo que deberías mirar”. Mi respuesta, en medio del shock, fue, “he

mirado desde que nací, no podría ser de otra forma, no solo miro, también analizo”. Para el poder una mujer que mire es una amenaza, por tanto hay que reprimir tal amenaza. Nuestro libro nos remite a imágenes de la cuerpo im/propia, visiones sobre un territorio de propiedad personal y al mismo tiempo desajustado con la hegemonía. Si me permiten, diría que una de las más bestiales acciones del patriarcado a las mujeres es la apropiación de sus cuerpos.

El primer segmento de este volumen se titula: “Mi cuerpo, mi primer territorio de defensa. Proceso de autoformación sociopolítica. Colectiva por la Defensa de la Semilla”. Las autoras pertenecen a un colectivo de trabajadoras agrícolas, quienes produjeron sus textos al interior de los denominados “Feminarios” o talleres de formación feminista dictados por Oyarzún.

Las autoras de este colectivo no firman sus textos. La ausencia de nombre propio, refuerza el concepto de comunidad de voces y de relatos, en prosa y mayoritariamente en verso libre. El desgarró se patentiza, pero a su vez se dispone a una suerte de equilibrio, así el segundo texto del apartado “Reconocerse y habitar” señala: “Mi cuerpo es fuente de placer y tortura/ Mi cuerpo es un refugio frente a lo que me incomoda, pero también es un espacio que me incomoda/ Mi cuerpo es desgarró y es

amor, es tristeza y lugar de mi vejez y de lo vivido/
Mi cuerpo hoy es un desafío, un lugar de encuentro,
de reconciliación y de aprendizaje...”.

Es importante el reconocimiento del cuerpo como territorio propio, cargado de ambivalencias. El placer y la tortura resultan ser parte de una misma matriz; de igual manera se advierte en la conjunción de cuerpo como refugio cómodo e incomodidad, desgarró y amor. El cuerpo, de tal modo, es visualizado como un territorio tensionado por el conflicto. La narradora, sin embargo, llega a una síntesis, donde privilegia el cuerpo como desafío, lugar de encuentro, reconciliación y aprendizaje.

El carácter conflictivo del cuerpo, también se hace parte del primer texto del apartado “Cuerpos en rebeldía” donde la sujeta expresa en primer lugar la siguiente comparación: “Mi cuerpo como lucha, como tránsito, como puente”; “Cuerpo: lugar de trabajo y placer. Mi casa y vehículo para hacer en el mundo. Lugar de ambivalencia y a veces conflicto”. Acá es literal el reconocimiento de la coexistencia de términos contradictorios como cuerpo ligado al trabajo y al placer, donde el primer término se contrapone al goce. En esta voz hay lugar para el goce, pero también para la rebeldía. La sujeta está consciente de ser objeto de la imposición de normas sociales, lo cual la lleva a señalar: “Percibo la imposición y prohibición que viene desde afuera. No quiero aceptarla”. Su palabra es taxativa, sin

rodeos expresa su rebeldía, anhela, de tal manera, la emancipación de la normativa patriarcal. Esta misma insubordinación se evidencia en el texto del mismo apartado “Cuerpos en rebeldía” donde se establece un diálogo con la afirmación de una corporalidad que se enfrenta a un nuevo proceso: “estoy comenzando a poner en primer lugar, que estoy aprendiendo a llevar como un templo, único y sagrado. / Fuera de los mandatos, de las lógicas patriarcales y las exigencias de este sistema”. La toma de consciencia del cuerpo sagrado se espejea con la toma de consciencia feminista. Efectos de un proceso de des-identificación con la ideología patriarcal que lleva a las sujetas a transitar hacia una política del desacuerdo, donde se valoriza el cuerpo propio y el cuidado del mismo. La noción de sacralidad implica que la corporalidad es un territorio no profanable, cargado de una suerte de aura que lo vuelve único e irrepetible. Esto es, una cuerpa que va contra las lógicas del mercado, orientadas al valor de cambio de las corporalidades.

El rechazo al cuerpo es otra temática recurrente en estas escrituras. Esta negación implica un desajuste con los modelos de belleza canónicos, en el deseo de no crecer. Sin embargo, una vez más los textos dan cuenta de un proceso de aceptación: “Hoy, con el paso del tiempo me enorgullece lo que mi cuerpo ha sido capaz de hacer, me sorprende lo que mi cuerpo ha logrado desbloquear, me alienta el saber que hoy lo escucho, lo abrazo, lo cuido, lo siento,

lo comprendo, lo atiendo y lo amo así tal cual es”, manifiesta el segundo texto anónimo del primer apartado “Genealogías del cuerpo”. El cuerpo aparece así como una entidad anexa a las sujetas, así se observa en el tercer texto del apartado titulado “Cicatrices”: “Me hice responsable de él y le dije que siempre lo cuidaría... nadie más podría apropiarse de él... / Hoy transita en el afecto que le provee... Aprendí a conocerlo, amarlo, conozco sus ciclos, observo sus cambios, agradezco lo vivido... / ¡Mi cuerpo, mi territorio!”. En el proceso de auto-conocimiento el cuerpo parte como anexo- odiado para luego convertirse en anexo-amado. El cuerpo es identificado como una entidad externa a la voz de la sujeta. Es llamativa esta dualidad, pese al camino recorrido de cada una de estas voces, el cuerpo que requiere cuidado, afecto, agradecimiento, no deja de ser un territorio otro respecto al discurrir intelectual. La conexión entre cuerpo y emociones es “un trabajo progresivo, pausado, sin flagelo, con determinación” como señala la autora del octavo texto en el penúltimo apartado de esta antología titulado “Potencias”.

Encontraremos también los textos producidos en el marco del Diplomado de Estética Feminista PUC, durante el primer semestre 2021. A diferencia de los del Colectivo por la defensa de la Semilla, encontramos textos firmados, con marca autoral y mayoritariamente en prosa poética. Sin embargo, las temáticas articuladoras se reiteran. Nuevamente

la cuerpa es resistencia y lucha. Así se observa en el texto de Constanza López Radrigán: “Un cuerpo que gesta en sus carnes, que engendra palabras sin enunciarlas, que siente y nombra desde un lenguaje, que le han repetido una y otra vez que no existe”. El lenguaje negado a la mujer cobra relevancia, ya que es precisamente en el cuerpo donde se afirma que surge el lenguaje. El poder patriarcal despoja a la mujer del derecho a la palabra, su lenguaje -le dicen- no existe; sin embargo, la mujer se rebela y aprende “-al fin- la lengua de lo mismo para arrebatarla, como lo otro”. Este último verso confirma una búsqueda de un lenguaje propio, el mismo de siempre, ajenos al lenguaje del “amo”.

Variados son los textos donde se manifiesta el agradecimiento al cuerpo. Un momento clímax del proceso de la toma de consciencia feminista es precisamente valorar todo aquello que el cuerpo ha entregado a las sujetas, en particular, la resistencia y su condición de refugio, amparo ante un contexto adverso. Gabriela Contreras en “Biografía de mi cuerpo” así nos dice: “Caminando entre cerros, con las rodillas rotas, encendiendo horizontes azules, besando a nuestras amigas en busca de calor, tuvimos que inventarnos un territorio, una hablada del derrumbe, las que somos archipiélago y acuerpamos el lenguaje de la ausencia, migramos más allá del poderoso relato de la ganancia, tenemos la necesidad de incendiar, por todas las veces que el ardor nos fue negado, en ese candor anidamos otras

posibilidades de existencia”. La sujeta en nomadía constante, y herida en sus rodillas, por deber ante el poder, inventa un territorio y un habla. Esta última, es el habla del “derrumbe”, el habla que surge en medio de la catástrofe. La autora interviene el lenguaje y convierte el sustantivo cuerpo en verbo: “acuerpamos el lenguaje”; es decir, lo integramos al cuerpo, lo hacemos parte de la materialidad en virtud de nuevas posibilidades de existencia. Me parece altamente destacable el uso del término *acuerpar*, que niega la disociación cuerpo-mente; es más, *acuerpar* el lenguaje es hacerlo carne, ir más allá de la mera conceptualización.

Otro grupo de textos pertenecen al curso *Teorías de género y estudios culturales*, del año 2021, dictado en Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile por la profesora Kemy Oyarzún. Si bien los textos se orientan a establecer un diálogo entre la experiencia personal y una postura teórica respecto al feminismo, el desarraigo, el exilio, el aborto surgen acá como una seguidilla de violencias a las que están expuestos estos cuerpos. Paz Esperanza Carreño nos remite en “Nacer mujer en Latinoamérica” a un cuerpo sin lugar: “A lo largo de los años las huellas de nuestras genealogías se han borrado, no me reconozco en la raza, no llevo escrito a qué pueblo pertenezco. Nuestros cuerpos se han vestido de promesas blancas, se han lavado nuestros colores. [...] No hay un ritmo que me haga sentir en mi tierra”. Pese a la ausencia de lugar

propio, la autora es capaz de señalar: “Pero de vez en cuando me encuentro alguna cocina, haciendo una sopita para el resfrío, una infusión para el dolor de guata o algún caldito para la pena”. El lugar propio finalmente surge, asociado a preparar líquidos que atenúen dolores. Remarco la condición acuosa de estos elementos y el uso de diminutivos. El agua simbólicamente purifica, sana, por tanto permite la sanidad del cuerpo. Es necesario agregar que esta suerte de pócimas, son preparadas por la propia sujeta. Es ella quien oficia de curandera de su cuerpo dañado.

La comunidad, igualmente, es otra zona que exploran estas voces; mujeres que expresan sororidad y que reconocen en su cuerpo, huellas compartidas, como dice Rocío Gallardo por “compañeras y maestras, feminismos latinos, gordos, disidentes y otros, que acompañan cada día en el campo de resistencias, cambiando, transformando”. Otro de los aspectos destacables de esta narración lo constituye la traición corporal: “Con mi cuerpo nos traicionamos constantemente. Náuseas, mareos, jaquecas, cosquilleos incómodos, escalofríos, tirones, muchas lágrimas. Años de decepción de no cumplir con el ideal, años de dolor de manos ajenas y aterradoras que violentaron, meses intensos de reconciliación”.

El penúltimo grupo que participa de este volumen corresponde a los textos elaborados por miembros

de Red PsicoFem, corporación sin fines de lucro, orientada a una psicología crítica a las determinantes patriarcales. Nuevamente surge la ausencia de firma autoral. Me parece tremendamente importante que las autoras rechacen la propiedad privada y entreguen sus textos sin la identificación legal, contraviniendo incluso las normas de propiedad intelectual. Si embargo lo más elogiable de esta acción son tres aspectos: el primero es ir más allá del egocentrismo que empapa a toda figura autoral que obedece a marcar sus escrituras con su nombre; el segundo aspecto es la consciencia de comunidad y el tercero se refiere a la valorización del relato, que cobra un sentido supremo en tanto representación de una voz y su derecho a la palabra sin más. Andrea Molinari en “Metrónomo rebelde”, expresa: “Siento mi cuerpo conmovido por diferentes sensaciones. Plenitud y regocijo por verme y reconocirme en les otras, en este espacio”. El espacio mencionado al cierre del enunciado nos remite a la comunidad de mujeres, lugar donde se comparte con regocijo. El placer resulta así ligado al reconocimiento de una alteridad conformada por mujeres diversas, unificadas por la experiencia de la opresión patriarcal. Loreto Graf en “Cuerpos guarida” dice: “Percibo que, siento que, hablar de mi cuerpo no puede sino llevarme a hablar de mis dolores”. Cuerpo homologado al dolor opera como el primer anclaje de estas escrituras. El segundo es la lucha y la resistencia, la salida de la guarida, donde lamerse las heridas. Volver al cuerpo es una suerte mantra, como bien lo

señala Margarito Calfío en “DESGARROS TRAS DESGARROS”. Un texto que nos habla de cicatrices que supuran, pero que no son impedimento para regresar al cuerpo. Esta acción indica que hay un primer estadio de permanencia en la corporalidad, pero que luego vendrá el distanciamiento y finalmente al reingreso. Entradas y salidas del cuerpo y desde el cuerpo, marcan una ruta imposible de rechazar o postergar, porque son parte de las mutaciones adscritas a la condición de sujetas.

El segmento de cierre de este polifónico volumen se titula “Desde otros lugares”. La ambigüedad del lugar permite que las escrituras compiladas, rompan con la denominación de origen. Ya no existe la institución como articuladora de comunidad, sino la escritura. Fanny Campos, Antonieta Castro, Sandra Villanueva, nos remiten a la menstruación, el parto, la potencia del cuerpo que habla en femenino.

Leer este volumen ha sido una experiencia intensa, me he sentido interpelada en mi corporalidad, en aquello que fue temor, miedo, rabia, para luego derivar en resistencia, deseo de cambio social a través de una revolución cultural feminista. Por lo mismo, las mujeres debemos tomar conciencia de las asignaciones que el patriarcado nos ha impuesto desde lo individual a lo comunitario. Tal como se estructura este volumen donde mayoritariamente se elimina la autoría y la jerarquización desde una diversidad de voces en torno al cuerpo

y su subjetividad en proceso constante de elaboración. En última instancia, me refiero a un libro que evidencia una política del cuerpo atravesada por la clase, la raza y el género. El derecho a voz es también el derecho a la escritura y la crítica desde múltiples lugares y experiencias, da lugar a un volumen vivo, que desborda fuerza y deseos de cambio. Que nos deja claro que la resistencia está ligada al hacer, a intervenir desde lo individual a lo comunitario. Como bien señala la gran Emma Goldman: “lo único importante es darse a sí mismo sin límites para encontrarse más rico, más profundo y mejor. Solamente eso puede llenar el vacío y transformar la tragedia de la mujer emancipada en una alegría sin límites”.¹

Patricia Espinosa H.
Instituto de Estética, PUC.

1 <https://xdoc.mx/preview/la-mujer-libre-emma-goldman-5f652441d7e8d>

INTRODUCCIÓN

Genealogías de las cuerpos: búsquedas y desconocimientos

Una estrecha relación entrelaza corporalidades, identidades, poder y memorias en estos textos titulados, *Cuerpos Im/Propios*.¹ Desde el “Manifiesto: Mi cuerpo, mi primer territorio de defensa”, de la Colectiva por la Defensa de la Semilla,² se trata de fragmentos que ponen en tela de juicio la propiedad y el disciplinamiento corpóreos y se desplazan más bien hacia *batallas corporales*³ (Marcela Campos), en la frontera misma entre subjetividad y sujeción, entre reconocimiento y desconocimiento, entre agenciamiento y sometimiento.⁴

1 Agradezco el trabajo editorial de Loreto Contreras y uso varios de los apartados que ella caracterizó. Mis agradecimientos van también para Patricia Espinoza, sus palabras, apoyos y complicidades, así como a Margarita Iglesias por la sororidad de CEGECAL, el Centro de Estudios de Género y Cultura, que ella dirige. Agradezco a todas las organizaciones que nos permitieron esta instancia de escucha colectiva y a *Morphmuse* por su laboriosa y creativa portada y diagramación digital.

2 En adelante, los textos de la Colectiva por la Defensa de la Semilla, como aquellos con autorías nominales quedan indicados entre paréntesis, como “Colectiva” o con los nombres de las autoras.

3 Todas las citas de los textos aquí reunidos aparecen en cursivas.

4 Butler, Judith (2015), *Mecanismos psíquicos del*

El feminismo comunitario de la Colectiva se inicia con el sentido de batalla y defensa, para recuperar otro sentido de lo biopolítico,⁵ porque ellas parten expresando que el propio género es *cárcel de los cuerpos*, sobre todo si no se parte de la asociación *cuerpa-territorios*. Cuerpos y *cuerpas* se tomarán la palabra como experiencias, instrumentos, ondas sonoras, energías transformadoras. En ningún caso se trata de *categorías abstractas* (Anónima, la Colectiva). Los relatos conjugan lugares disruptivos para poner en tela de juicio los binarismos y anomalías pre-instituidos en las identidades occidentales (Kogan, 2003)⁶. Se plantean vacíos e interrogantes sobre sujeciones, agenciamientos e interconexiones subjetivas—sean éstas singulares o colectivas. Son textos que se sitúan en los límites siempre inciertos entre el yo y los fragmentos que nos van constituyendo en el tiempo. ¿Estamos en *posesión* de los cuerpos y sus partes, de sus volúmenes y matices, de sus densidades y tonalidades? ¿Quién define cuánto es este cuerpo? Si tiene un límite, no lo sé [...] *margen impropio de un cuerpo perdido* (Loreto Graf). Sentir alienación respecto del propio cuerpo ha sido lo común. En modo irónico sobre

poder, Editorial Cátedra, Universitat de Valencia.

5 Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad*. 1st ed. México, D.F.: Siglo XXI Editores.

6 Kogan, Liuba (2003). “Construcción social de los cuerpos o los cuerpos del capitalismo tardío”, *Persona* N 6, 2003, Lima Perú, pp. 11-21.

el espejo edípico lacaniano, dice Rocío Ruiz: *Un cuerpo que no es mío me ataca desde el espejo*. En el proceso, habrán *pequeños momentos de júbilo*: se trata de [...] reconstruirme, descubrirme (Anónima, La Colectiva).

Desde esos límites, ¿qué sentidos van entablando estos fragmentos para la palabra *cuerpo*, *cuerpa*, en relación al “yo”, al “nosotr@s”, al “yo/otr@s”? ¿Qué implica la relación con el cuerpo en el caso femenino, trans o queer? Preguntas como éstas se perciben tempranamente desde el existencialismo y la fenomenología, particularmente en los trabajos de Merleau Ponty o más recientemente, en la antropología del cuerpo de Le Breton, entre otros. Los imaginarios críticos, feministas o *queer*, de Judith Butler a Donna Haraway o Paul Preciado, se plantean el cuerpo y el sistema sexo género como construcciones socio-culturales en distintos contextos y formas culturales, en arte y psicoanálisis, en antropología médica y *performances*.⁷ De allí han surgido inquietudes en torno a los límites del cuerpo humano como especie, a los dilemas del intercambio genético inter especie, al implante de maquinarias tecnológicas en humanas y humanos. En múltiples coordenadas geo y biopolíticas, los textos aquí reunidos abren límites inciertos entre las corporalidades y las identidades a partir

7 Judith Butler (2001), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Cap. 3. Paidós, México, pp. 113-172.

de testimonios sobre la misoginia estructural del Sistema Sexo Género hegemónico, la violación y el abuso, las violencias físicas y simbólicas, los femicidios, los crímenes homo y transfóbicos. Insurrecta, Victoria Vial apunta al biopoder en las relaciones cuerpo-sociedad: *pretenden decirme cómo debe ser, dónde debo observar, dónde están mis puntos de fuga.*

A su vez, escasamente considerados por razones coloniales, van emergiendo a su vez diálogos Sur/Sur. Los cuerpos de Abya Yala interpelan y resitúan las fronteras entre cuerpos y seres, humanos y no humanos, ante los fenómenos migrantes o ante la naturaleza in/corpórea de las imágenes de *cuerpo-territorio*, particularmente en los textos anónimos de la Colectiva por la Defensa de la Semilla. Los vínculos entre corporeidad y memorias en Nuestra América golpean con violencias extremas, tortura o sometimientos postraumáticos que dan lugar a pérdidas desde la Conquista en adelante, incluidos los procesos dictatoriales de Guatemala en los años 50, los regímenes militares de los años 70 en el Cono Sur, los femicidios de Ciudad Juárez o Alto Hospicio, las violaciones de derechos humanos de la Revuelta de Octubre de 2019 en Chile. Abya Yala buscará articulaciones inter, transdisciplinarias e interseccionales entre las ciencias sociales, las humanidades, los estudios de *performance*, desde perspectivas feministas, latinoamericanas,

descoloniales y situadas.⁸ *Estoy volviendo a mi cuerpo lentamente.... Asumiendo los vacíos de las memorias*, dice Margarito Calfío desde la Araucanía.

Los recuerdos sensoriales precipitan imágenes-movimiento al emerger ese cuerpo del pasado en el seno de la coexistencia del presente. Cuerpo viviente, la corporalidad no cabe del todo en sí misma, dislocando la noción de identidad humana estática, naturalizada o biologizada. Surgen, entonces, dilemas del desplazamiento, de los procesamiento performáticos de la existencia hacia ese *otro* con minúsculas que aquí no solo se denomina cuerpo (en singular y en masculino), sino cuerpos y *cuerpas* en tozuda disrupción genérico-sexual.

Genealógicos, los relatos van abriendo sus propios tiempos y modalidades de habla al irrumpir en el silenciamiento patriarcal como desconocimiento, búsquedas y desencuentros, partos de sí y de *otres*. Emerge el cuerpo migrante, siempre en *búsqueda de camino* (Karen Roosevelt) o aquel cuerpo que *se raja* y agrieta, en la zona de la *guata*, que *busca abrazar a alguien que no soy yo* (Camila Silva). En particular, surge la palabra interseccional, *hija del exilio*, *campo nómade* de despojos, arraigos y destierros campo dividido y fronterizo en *mezcla*

8 Dos performances feministas se destacan en este periodo (2018-2020) en Chile: las *Capuchas Rojas* y la intervención callejera un violador en tu camino creada por el colectivo LASTESIS (Sibila Sotomayor, Proyecto de Tesis)

huinca, obrera y exiliada (Karem Larissa Maceratta). Romper el mandato del silencio de sí, silenciamiento patriarcal, implica dar corriente a la memoria del daño, al infaltable manoseo físico y simbólico del acosador develado: *¡córrete, gordita!* (Camila Silva). Las violencias quiebran la palabra y sobre todo los pronombres. Paz Esperanza Carreño se sueña *apuñalada*; siente que sus órganos fallan; percibe que *se descompone y deforma*. La palabra cuerpo gatilla miedos, riesgos viscerales, *peligro constante y múltiple; riesgo a ser agredida, a ser violada, a ser desaparecida, a quedar embarazada, a ser reducida a mercancía, a ser sexualizada, a no ser oída* (Camila Silva). El desconocimiento de sí se despliega insistente: *no me reconozco en la raza, no llevo escrito a qué pueblo pertenezco. Nuestros cuerpos se han vestido de promesas blancas, se han lavado nuestros colores* (Paz Esperanza). Dado que el cuerpo de Camila Silva, *no estaba preparado para salir*, su propio proceso de corporalización imaginaria será a partir del parto de otro: *parir para nacer a mi cuerpo* (Camila Silva).

El desconocimiento: batallar, des/habitar este cuerpo

En los procesos de subjetivación encarnada, la potencia del desconocimiento es irónicamente productiva porque el primer encuentro es con un cuerpo *equivocado e impropio*, lo cual precipita un pacto *con una piel enemiga*, con una persistente

batalla sensorial, de modo que *nunca se sabe quién dará la orden de atacar porque el paraíso estaba en los ojos de otros* (Marcela Campos)—en el espejo simbólico del Edipo patriarcal. La tregua del primer contacto corpóreo en la batalla de sí por apropiarse del cuerpo se convierte en diaria negativa, renovada cotidianamente en encuentro y lucha colectiva con las/os otras/os sometidas/os: *está bueno ya de tanto maltrato, porque basta de quitarnos la vida, porque vivas nos queremos, por eso* (Marcela Campos). La batalla de sí se convierte en una batalla en colectivo junto a un *nosotras* y eventualmente, a un *nosotres*. Pero además, la asociación corporal no binaria, emerge de lleno en uno de los textos anónimos de la Colectiva: el cuerpo no es esto **o** lo otro; sino esto **y** lo otro. Se entiende que el cuerpo emerge como fuente de *placer y tortura, desgarró y amor*, lugar de *desafío y encuentro, reconciliación y aprendizaje*. Un tercer ciclo de relatos instala entonces el traspaso de lo inclusivo (*y*) a la articulación *entre* dolor, ritmo y auto cognición. Se asume plenamente la violencia como parte del reconocimiento de la corporalidad propia: *asumo que es mío, y solo mío, al fin soy su dueña, me pertenece por completo* (Pamela Valencia). Es en este punto de quiebre y reapropiación, que el cuerpo se torna *indócil, insolente e irreverente* (Angélica Abarca/ANGE).

A partir de la irreverencia, otra voz anónima de la Colectiva se desplaza hacia una búsqueda de sí que emerge rítmica y auto erótica, precisamente

a partir de los pies, contrapunto con la razón ilustrada: *adoro mis pies, me hacen sentir la arena fresca o caliente, el agua y la espuma del mar, la hierba fresca y suave, el rugoso cemento, me conectan con la tierra y con los elementos*. Aquí, la cuerpa-territorio, se desplaza rítmicamente hacia un auto descubrimiento de gran ternura: *¡Mi cuerpa... cuerpita... cuerpecita querida que me ha acompañado en todo!, bella cuerpita mía*. La autora anónima vuelve a insistir en abarcar la corporalidad en diferentes tipos de goces como también de sufrimientos, para calificar la textualidad corpórea como una lucha en la que *nunca se agota la energía* (Colectiva). Se nos invita a asumir con ello que el aprendizaje experiencial de *asombro, cuidado y cariño*, es una ruptura epistémica, inédito autocuidado cual no ha tenido lugar en el Sistema Sexo Género hegemónico.

Cuerpas en guarida: hablar el derrumbe

Autocentrar el nomadismo existencial se hace indispensable en el complejo proceso de encarnar la subjetividad de estos *Cuerpas Im/Propios*. Por eso nos detenemos aquí en la imagen de la guarida, punto de partida para una nueva articulación entre sujeción y subjetivación, entre sometimiento y proceso de reconocimiento transformador. El movimiento parece a primera vista un proceso decididamente hacia adentro. Pero la imaginaria interioridad se entrecruza con la pluralidad y las diferencias. Los textos se centran y se tensan. *Impropia*

aparecía en otros textos la primera aproximación a la propia corporalidad. Por ello, el primer territorio que vemos emerger es una guarida, madriguera de autodefensa, espacio aparentemente a salvo, no binario, dolor impostergable de abuso y alegría de caricias, maltratos somatizados y auto desconocimiento. El reconocimiento, la autodefensa y el autocuidado solo emergen en la última fase del viaje que narran los relatos, un largo camino que expresa interseccionalmente la doble sujeción de lo femenino y de la extracción de agenciamiento neo/colonial. En un primer reconocimiento, emerge la voluntad de expresar la rabia hacia los mandatos del Sistema Sexo Género hegemónico. Un texto anónimo de la Sección Cuerpo Guarida insiste en esa prioridad: *reconocerme mujer, no cumplir este-reotipos, rabia por no encajar; no ser suficiente para el hambre patriarcal*. Entendemos en estos viajes textuales que el viraje hacia el margen impropio es madriguera para desconstruir *el eterno de faldas y pantalones, negando su trabajo duro, su fuerte capacidad física* (Florencia Swinburn Allende).

En última instancia la imagen de un *cuerpo guarida* es antesala para el nuevo reconocimiento corporal e identitario, instancia clave de recogimiento problemático, psíquico y físico, doloroso y al mismo tiempo reparador. La guarida implica un nuevo parto y a la vez un inédito pacto consigo misma; auto parirse en auto recogimiento inaugurará la corporalidad como fuente inclusiva de *placer* y

tortura, desgarro y amor, imposición y prohibición, más allá de los binarismos excluyentes. Por ello, otra voz anónima insiste: Reconozco mi cuerpo, lo abrazo, le pido perdón por el odio que le entregué. Le digo: tú no tienes la culpa. Redimir; remendar; reparar; aceptar y amar mi piel, mi carne y mis huesos (Colectiva).

Si la propia corporalidad había sido significada como impropia en los mandatos de Sexo-Género coloniales, la sección *Guarida* prepara ese territorio para la autodefensa y la iniciación del auto cuidado como instancia de desconocimiento y desobediencia de los mandatos interiorizados del Sistema de Sexo Género hegemónico, allí donde ni para lo femenino ni para lo masculino el autoconocimiento se nutre de autocuidado: conocerse no se ha intencionado en el sistema-mundo occidental en directa relación con cuidarse ni quererse. Ellas, se han negado para sí (son “abnegadas”) en virtud solo del cuidado de los demás. Ellos, al ser cuidados por ellas, han dejado de relacionar cuidarse con conocerse (Foucault).⁹ Los textos se concentran para resignificar a la *mujer abnegada* al apropiarla para sí, camino indispensable de subjetivación, nueva articulación entre la interioridad y la existencia en movimiento. No extraña entonces que emerja la *carne barricada...cenizas que si te acercas arden, subversiones entre los labios, geografías desobedientes, hablar*

9 Michel Foucault (1996), *Tecnologías de yo*, Paidós Ibérica, Barcelona

desde el derrumbe (Anónima, Colectiva). En el seno de la madriguera, la corporalidad se hace presente a partir de las genealogías re apropiadas: *un tránsito-puente para llegar al cuerpo aguerrido, capaz de irradiar luz dentro y fuera* (Anónima, Colectiva). Se hace necesario en este punto transformar la propia lengua, avanzar hacia el neologismo, hacia una feminización corpórea recogida con gran ternura a partir de la exclamación, *cuerpita mía* (Anónima, Colectiva). Al hacerlo, la palabra se apropia de *otras* genealogías, ancestros, cosmogonías, física cuántica, geografías desobedientes, contra la fuerza de la muerte: *le han repetido una y otra vez que no existe*. Lo nuevo despuntará en la medida en que estos cuerpos en viaje, logren transformarse en colectivo, *con el tiempo colándose en su piel* (Constanza López).

Las metáforas se condensan en la madriguera y emerge una consciencia que presupone los preámbulos de los relatos corpóreos: decepción, manos ajenas, malestares, *cuerpo disidente del dato biológico, irreductible a una nominación identitaria* (Aschly Elgueda). Por eso no sorprende que Rocío Gallardo perciba una *relación traidora* con el cuerpo. No cumplir con el ideal social se traduce en *manos ajenas, años de violencia simbólica hasta que el dolor le posibilite salir del quebranto*. La primera piedra es así, cuerpo y territorios disociados, consciencia sistémica de opresión, *usurpación y devaluación de todo lo femenino* en el Sistema

Sexo-Género hegemónico (Belén Campos). El derrumbe queda marcado por la articulación entre piel, carne y huesos. Entendemos que la contradicción emerge de *ser mujer desde la visión masculina*, de no haber tenido un *cuerpo deseable* (Anónima). *A mayor tamaño de la pérdida, menor la autoestima*, sintetiza Rocío Ruiz, al confirmar la estrecha relación que se instala en el Sistema Sexo género hegemónico entre cuerpo y desgarro—un cuerpo fragmentado que experimenta la desconexión instituida por la sujeción simbólica. Tal vez por ello, Loreto Graf pone al cuerpo en primer plano como *sensación previa a la expresión: sentir es el comienzo, solo para después poder decir, poder decirme*, poniendo en tela de juicio que decir sujeto sea solo hablar de dolores, aquí donde la violencia azota y el cuerpo se transforma en guarida sin bordes, fronteras del propio margen civilizatorio.

En los países occidentales, decir, *es mi cuerpo*, implica sentir esa apropiación como *conquista de un cuerpo que se habita más allá de la palabra, más allá del gesto* (Victoria Vial). Estos textos marcan la importancia de la descolonización como lucha por el agenciamiento, por recorrer el páramo que se instala entre la sujeción y la subjetivación. El “mi” posesivo, que en Foucault carecía ya de sentido, se recupera en estos textos con dos formas de resignificación: romper el círculo específico del

tráfico de las mujeres en el capitalismo, pero también interrumpir y dislocar la objetificación de las relaciones psico sociales del extractivismo colonial.

Para Gabriela Contreras la noción de autobiografía del cuerpo emerge como un viaje geodésico; cubre desde un parto que desconoce el padre para volver a nacer en otra geodésica, en una geografía materna, *cordillera donde se rompe el cielo, borradura y muchas madres, carne barricada, subversiones entre los labios, geografías desobedientes, hablada del derrumbe*. En el propio proceso de *inventarnos un territorio*, este cuerpo no dejó de tener miedo, pero *aprendió a temblar de otra manera, para defender la narrativa de su memoria*. En este punto, se despliega la noción aguerida de una *carne barricada: cenizas que si te acercas arden*. En última instancia, las subversiones emergen desde la propia guarida como *geografías desobedientes, habladas desde el derrumbe* (Andrea Molinari).

Escisión, monstruosidad: el desconocimiento es productivo

En estos textos, los cuerpos en rebeldía implican al menos tres movimientos: 1) hablar el derrumbe hasta la propia/impropia monstruosidad, 2) inventar un cuerpo-territorio de autoconocimiento deseante y 3) reconocerse plural en un nosotr@s. Escisión y monstruosidad se relacionan con textos que reconcentran la idea de desconocimiento de sí

como narcisismo herido: *la panza que me sobra, la nariz de mi padre. Odio a lo que soy lleva a desear cambiarlo todo, por sentir que este cuerpo no soy yo* (Marianella Bascur). Sentir alienación respecto del propio cuerpo ha sido la norma patriarcal—una mera *disforia*, sintetiza Rocío Ruiz. Para ella, la imagen de no pertenecer al cuerpo es *no pertenecer a ninguna parte. Un cuerpo que no es mío me ataca desde el espejo*. No obstante, paradójicamente, en ese proceso de enfrentamiento con la sujeción irán emergiendo *pequeños momentos de júbilo: [...] reconstruirme es descubrirme*, sintetiza una voz Anónima.

En este punto de los relatos se hace imprescindible entender que el propio despojo se torna productivo, rebelde y disidente. Constanza López lo expresa en los siguientes términos: *Sentirme como la misma burla que me dijeron que era, que derrama los pálpitos compartidos en rebeldía contra los mandatos sexo-genérico, despoja los temores, desgarras el andar y se transforma en colectivo; dejamos registro; construimos alianzas y gritamos al unísono*. Otra voz anónima de la Colectiva lo expresa claramente fuera de los mandatos y las lógicas patriarcales, al dar lugar y vocablo al *cuerpo como lucha, como tránsito, como puente*. Fue ese cuerpo, ese cuerpo que no reconocía, el que fue mi sostén, mi rincón tranquilo y seguro para sobrevivir. Hoy cuando veo mi cuerpo, vuelvo a reconocerme, hoy que vuelvo a apropiarme de este cuerpo que habito, veo fortaleza, veo coraje,

este cuerpo que me conecta con la vida. El autoco-
nocimiento se vierte explícito: “Este cuerpo sí es el
mío” (Úrsula Lizama Quinteros).

Cuerpos queer: *dejé de esconderme*

Pasar a lo colectivo y potenciar la ruptura de mandatos sexo-genéricos da paso al reconocimiento y a feminismos diversos: *Mi cuerpo, mi territorio!* (Belén Campos). No obstante, lo queer se perpetúa como una excepción sostenida que sigue emergiendo con un altísimo grado de violencia y temor: *si igual se te nota; vivir escondiendo algo que yo sabía que habitaba en mí, pero que intenté por todos los medios que no emergiera*, dice Francisca Garrido ante los ojos acusadores de un tercero, *que con mucho desprecio me recordaba que los marimachos son despreciables*. Y continúa en testimonio encarnado: *dolores de la no aceptación representada en este cuerpo, que lentamente empiezo a habitar, que lentamente empiezo a abrazar y sí, está bien que se note; dejé de esconderme*. Otra voz anónima insiste: *Maricón, porque el hombre que no es macho es un otro, otra posición por dominar. Hombre con vagina, Eunuco. Un fraude*. Entre la autodeprecación y el aprendizaje nomádico, una voz anónima da también cuenta de *pequeños momentos de júbilo*, en la medida en que ya no hay culpa, sino aprendizajes, como señala Nataly Santander. Y agrega habitando la interseccionalidad: *Yo soy: un campo nómade multiplicado, infinito...hija del exilio*,

hija de la porfía, habitando sus fronteras. Nunca seré de uno, a veces seré de ambos, a veces de ninguno, otras veces un atisbo de alguno, otras de un espacio dividido y otras de un campo nómada multiplicado, infinito. Narrar (me) desde mi frontera es hablar del cabello oscuro, del tamaño hormiga y del trabajo hormiga, es tocar la frontera de clase, la frontera de proveniencia india, aunque mezcla huinca. Soy desde una frontera obrera, una frontera cómplice de sororidades, una frontera con convicción de las multiplicidades (Karem Maceratta). Mi cuerpo, como un metrónomo rebelde, es quien indica los ritmos y sonidos; rítmicos, fluidos, otras veces arrítmicos y disonantes, un metrónomo rebelde (Andrea Molinari), rabia ancestral (Antonieta Castro), proceso intenso, pesado y nunca lineal. Abortó y luego fue madre: esto que nombro mi cuerpo, torcido, roto o chueco, esta composición, es mía (Antonieta Castro).

Mi propia expectativa: cuerpas y feminismos

Los fragmentos aquí compilados hacen parte de una serie de actividades sobre cuerpos y cuerpas que realicé en lugares y contextos distintos durante 2021 y parte de 2022. Algunos fueron encuentros propiamente académicos, como clases de teoría feminista y de género en la Universidad de Chile y en la Pontificia Universidad Católica. Otros, fueron encuentros con colectividades campesinas. Una tercera instancia agrupó a una asociación de psicólogas. Evidentemente, los textos no fueron

producidos en forma de respuestas espontáneas. Sin embargo, en todos los grupos trabajamos desde “escuchas” instantáneas, compartidas en torno a las corporalidades en el contexto de hablas colectivas. Grupalmente las voces fueron escuchadas, pero no grabadas. Más bien, se convirtieron en relatos en solitario, como elaboraciones propias producidas fuera de la instancia grupal. Algunos textos conservan esa dualidad de habla compartida y de relato textual en aislamiento, a partir de visibles intentos por abrir la continuidad de ambas instancias. Otros fragmentos solo dan cuenta de la instancia de escucha propia, en el seno solitario del proceso de producir sus propias textualizaciones. Juntos, los textos constituyen una voz plural, desafiante, transformadora y denunciadora. Lo que más me interesa enfatizar es el movimiento grupal de textos que, cuando se los reúne como enunciados colectivos producen inevitablemente *sentidos propios*.

La epistemología feminista ha marcado metodologías y teorías, producción y organización de las ciencias y la cultura, particularmente en torno a las identidades y el reconocimiento de género. Los trabajos aquí reunidos se insertan en el contexto de trabajos individuales y colectivos capaces de despejar la idea del conocimiento como terreno libre de intereses, prejuicios, deseos, situaciones, corporalidades y percepciones. Situar cuerpos y cuerpas, hablas y textos es objetivo feminista, crítico. Uno de

mis intereses era poner en valor las subjetividades, las afectividades y los propios/impropios prejuicios latamente contruidos y dolorosamente reproducidos en cuerpos e identidades. ¿Nos reconoceríamos en el espejo letrado del discurso? ¿Qué resistencias, qué grado de inquietud enuncian estos textos sobre nuestros cuerpos, sobre la relación de ellos con nuestras identidades, mandatos y relaciones psico sociales? Problematizar la “universalidad” androcéntrica esencialista se ha venido convirtiendo en aporte epocal de las miradas feministas, queer, interseccionales. No habrá reconocimiento si seguimos auto/imponiéndonos la mirada en el espejo de ese Otro con mayúsculas, andro y falogocéntrico. ¿En qué medida esa “universalidad” propia del Sistema Sexo Género hegemónico marca a las/les subalternas? El propio cuestionamiento de la legitimidad de los universales abstractos, de lo “femenino” y del “género” ha sido explícitamente develado en todas estas instancias grupales y en las textualidades producidas. No solo la exclusión de lo “femenino” y el “género” marca las teorías, la producción, la propia organización de la docencia, las ciencias y la cultura. El dialogismo grupal es lo primero que he aspirado a instalar en el trabajo cualitativo de docencia/aprendizaje con la expectativa de ir contrarrestando el sexismo en el lenguaje, las segregaciones de género, las formas monológicas de la comunicación investigativa o docente, en fin, las propias relaciones verticales de poder instituidas. Esas formas mandatadas no son

espontáneas, pero tampoco son fácilmente resignificadas. Estos textos comunican, ante todo, proceso y procesamientos inestables de subjetividad en el seno ineludible de la sujeción internalizada. He creído importante develar los resortes de la aparente espontaneidad de las relaciones con nuestros cuerpos y *cuerpas* porque allí se instalan veladas verticalidades y prejuicios, pero también energías y horizontalidades. ¿Cuán vertical es nuestra relación con la “propia” corporalidad? ¿En qué medida esa verticalidad internalizada afecta la auto percepción y los imaginarios transformadores? Preguntas como éstas abren los textos que aquí recogemos a álgidas instancias de escuchas psico-sociales, memorias condensadas, efímeros presentes corporales.

1 de noviembre, 2022

Kemy Oyarzún

MANIFIESTO:

Mi cuerpo, mi primer territorio de defensa Proceso de autoformación sociopolítica Colectiva por la Defensa de la Semilla

Dentro de nuestro proceso de autoformación sociopolítica, realizamos una jornada de reflexión como grupo de compañeras de la colectiva, en torno al feminismo comunitario y la relación de éste con la cuerpo, partiendo de la base: “Mi cuerpo, mi primer territorio de defensa”.

.

En este espacio de autocuidado, a través de una dinámica participativa de integración, cada una compartió un relato libre sobre la relación con su cuerpo, hoy queremos presentarles nuestros sentimientos, representados por una semilla y/o flor con la que cada una se siente más representada.

.

Nuestras cuerpos tienen una memoria que no tiene que ver con el género (cárcel de los cuerpos), son formas de ser y estar en distintos tiempos y formas de relación con la tierra. Creemos que definir nuestras cuerpos frente a la comunidad, es una responsabilidad frente a la lucha contra el patriarcado.

.

Las invitamos a leer estos relatos que tienen mucho de cada una de nosotras.

I. GENEALOGÍAS DEL CUERPO

Biografía

De guagua con ropa nada de rosada, pero todo amarillo porque en ese momento el instinto de mi madre estaba alterado y confundido en determinar mi sexo. Cosa que para ella le resultaba muy extraño. A partir del instante que yo tuve conciencia, mi vestimenta preferida era de pantalones y nada tan femenina. Subía a los árboles y andaba en caballos chúcaros. Con mi padre aprendí el bricolaje, (de gran utilidad en momentos ulteriores para reparar los techos, ventanas y desplazar bultos pesados, etc.) y, por las mañanas en el desayuno, como «ejercicio de lectura», le comentaba y eventualmente le explicaba la broma del día. Con mi madre tuve una relación muy estrecha durante toda la vida, era muy hija de mi mamá. La igualdad de sexos que reinaba en casa, me enseñó el sentido de convivencia en justicia y dignidad. Las personas de mi entorno apoyaban la igualdad de género; y mis amigas luchaban por los derechos de las mujeres, daban apoyo a casas refugio para mujeres maltratadas y enseñaban el idioma local a los inmigrantes. Mi desarrollo personal hacia lo desconocido se produjo cuando me fui a otras latitudes, abriendo otros espacios a descubrir. A causa de repetidos cambios y por razones de salud, mi vida evolucionó hacia una dirección con alternativas más complejas, lugar de horizontes nuevos e inciertos y siempre la búsqueda del camino...

Frederike Roozeveld van der Ven Voeten
Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

...

Al nacer fue un cuerpo que aún no estaba preparado para salir, aún faltaba; pero en esos tiempos se decidió que naciera. Fue un parto largo, doloroso y medio caótico.

De pequeña mi cuerpo no era algo conocido para mí, solo sabía que debía cuidarlo y protegerlo de todos.

Comencé a sentirlo cuando empecé a crecer, cuando los volúmenes y voluptuosidades cambiaron. Cuando por cuidar mi cuerpo y no querer que lo miraran de esa forma lo oculté y me avergoncé, lo maltrate y no lo sentí ni escuché.

Mi primer sangrado me causó pavor, no entendía que sucedía, no sabía que me pasaba ni porque sangraba, ni menos porque la gente me felicitaba. Yo no quería ser una “mujer”, yo quería seguir siendo una niña.

Hoy, con el paso del tiempo me enorgullece lo que mi cuerpo ha sido capaz de hacer, me sorprende lo que mi cuerpo ha logrado desbloquear, me alienta el saber que hoy lo escucho, lo abrazo, lo cuido, lo siento, lo comprendo, lo atiendo y lo amo así tal cual es.

Colectiva por la defensa de la semilla

...

Tuve que parir para nacer a mi cuerpo: mover de arriba a abajo el dolor que recorrió mi columna aquella madrugada del 13 de agosto, sobreponerme a los espasmos de músculos que desconocía, escuchar a las abuelas que me susurraron “¡ahora, puja!”, sostener mi humanidad multiplicada sobre mis piernas. Y hablar.

Tuve que vocalizar, hacer ruido, explorar todas las o-o-o y todas las a-a-a que sentí necesarias para romper el mandato del silencio patriarcal, y lograr que la cabeza de mi hijo se asomara mientras yo anunciaba “ya salió”, para nacer a mi cuerpo.

Tuve que parir para creer en mi cuerpo.

Antes de esa madrugada desconocía su fuerza. Creo que sólo conocía mi cuerpo como límite, impedimento, vergüenza, peligro potencial: 28 años: Recuerdo el dolor de la cesárea no planificada de mi primera hija. Recuerdo al médico que se burló de mí y me preguntó si me había gustado mi intento de parto natural. Y a la matrona que me dijo que todas querían parir de pie, pero que casi nadie tenía la fuerza. 27 años: Recuerdo al amigo que me dijo que las mujeres con displasia no podían tener parto natural. 25 años: Recuerdo al hombre que me manoseó fuera de mi casa volviendo de la Universidad. 23 años: Recuerdo, con risa, a la vendedora que me ofrecía unos pantalones asegurándome que la tela cedía. 16 años: Recuerdo a mis padres

molestos porque con un grupo de amigos íbamos a pedalear hasta la Maestranza de San Bernardo. 15 años: Recuerdo cómo huíamos de las clases de Educación Física con mis amigas. 14 años: Recuerdo a la mujer que me gritó “¡córrete, gordita!” desde un auto afuera de mi colegio. 13 años: Recuerdo las visitas de la Inspectora a nuestra sala para medirnos el largo del jumper con la palma de su mano. 12 años: Recuerdo al heladero que me metió la mano al pantalón en Patronato, a quien no acusé para no alterar a mi abuela. 9 años: Recuerdo al profesor que pidió que se pararan todas las niñas que quería participar en un taller de gimnasia olímpica y tras analizar la contextura de cada una de nosotras, no me eligió. Me recuerdo bajita, morena, tímida.

Me recuerdo silenciosa, con los cachetes colorados, siempre con miedo a hablar. Siempre aprendiendo que en la “economía simbólica” de la sala de clases, del transporte público, de la mesa familiar, convenía que yo, mujer-niña, morena, nacida en población, mantuviera silencio, obligando a mi cuerpo a desaparecer de cualquier espacio público.

También recuerdo a mi abuela enseñándome dónde sentarme en la micro, y aconsejándome que si un día me perdía en la calle, lo disimulara hasta encontrar a una mujer a quien pedir ayuda. O la angustia de mi mamá cuando comencé a viajar sola en micro al colegio. Viene a mi mente la profe Teresa, que en Primero Medio nos hizo una

clase de anticonceptivos en Historia y Geografía, subvirtiendo discretamente el currículum escolar. Recuerdo las mentiras que decíamos con mis amigas para cubrirnos a las espaldas cuando empezamos a pololear, y las clases de educación sexual extra-escolar que nos brindábamos entre nosotras mismas. O la protesta que hicimos cuando en una elección de Centro de Estudiantes, una lista liderada por varones, por supuesto, organizó un concurso de Miss Piernas en su tiempo de campaña.

Como dijo una compañera el otro día: éramos feministas y no lo sabíamos. En todas esas escenas mi cuerpo se construye como objeto de un peligro potencial constante y múltiple: riesgo a ser agredida, a ser violada, a ser desaparecida, a quedar embarazada, a ser reducida a mercancía, a ser sexualizada, a no ser oída. Pero también veo a las mujeres que rodearon y redujeron esos miedos con persistencia: a mi abuela, que viajaba en micro con unas tijeras de zapatero en la cartera por si se tenía que defender; a mi mamá, que me acompañó todo el tiempo que pudo; a mis amigas, tan brillantes, informadas, valientes; a mis profesoras, arrojadas reformistas escolares de la cotidianeidad; a las mujeres probables, que no existieron, pero que podrían haber estado allí, como posibilidad si yo necesitaba su protección. Y entre todos los temores y las mujeres, me veo a mí misma, intentando construir una relación de amor o neutralidad con

mi cuerpo, sin siempre lograr mantener a raya los flujos continuos de agresiones que recibimos los cuerpos de mujeres.

Hoy día, a los 34 años, estoy viviendo una reconciliación con mi cuerpo. Sostengo un diálogo permanente conmigo misma, me terapeo, me atrevo a compartir este relato. Soy mamá de una niña de seis años que trepa árboles, practica kung-fu y danza, que me ha permitido sanar en el amar, y de un niño de nueve meses que nació con el estallido social, y cuyo nacimiento me permitió ejercitar mi derecho de usar la palabra, de negarme a los mandatos patriarcales de cómo nacer, cómo criar y cómo amar.

Camila Silva Salinas
Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

Nacer mujer en Latinoamérica

A lo largo de los años las huellas de nuestras genealogías se han borrado, no me reconozco en la raza, no llevo escrito a qué pueblo pertenezco.

Nuestros cuerpos se han vestido de promesas blancas, se han lavado nuestros colores.

Algunas no tenemos una vestimenta típica, no comemos los alimentos que cultivamos en la tierra. Quizás muchas no participamos de cultos, ni compartimos símbolos o rezos.

No hay un ritmo que me haga sentir en mi tierra.

En cualquier lugar mi cuerpo pequeño se ajusta, a cualquier temperatura me acomodo.

Veo caras conocidas por todos lados y ningún hogar ha sido realmente hospitalario.

No sé a dónde pertenezco, no conozco mucho a mi familia. Pero de vez en cuando me encuentro alguna cocina, haciendo una sopita para el resfrío, una infusión para el dolor de guata o algún caldito para la pena.

...

*La herida se ha abierto,
ha aparecido
y podrá desaparecer
o permanecer y prosperar(...)*

Manuel Rojas

Desde hace casi un año, tengo un sueño, no sé si un sueño, algo así como una experiencia onírica. Tras un doloroso y violento acontecimiento familiar, ocurrido al otro lado de planeta, comencé a experimentar las huellas de esa violencia en mi cuerpo. Por más que me observo en el espejo cada día antes de bañarme no encuentro los rastros, las cicatrices ni las magulladuras que experimento constantemente. Cuido comer balanceado y hacer algo de ejercicio. Me cuido porque temo que una mañana esa herida aparezca. Sueño, que he sido apuñalada, que mis órganos fallan, que mi cuerpo se descompone y deforma. Sueño que mientras duermo mi cuerpo se raja, se agrieta, particularmente la zona de mi guata. La cuido y la abrazo mientras duermo, para que nada le pase y aunque nunca me gustó su contorno robusto, desde hace un año la atesoro en un gesto que, pienso, busca abrazar a alguien que no soy yo.

Paz Esperanza Carreño

II. RECONOCERSE Y HABITAR

La piel enemiga

Desde siempre he vivido en batalla con mi cuerpo. En esa guerra, nunca se sabe quiénda la orden de atacar. ¿Fuenteovejuna, señor?

Este cuerpo fue siempre el equivocado y la cara fue siempre la incorrecta. Conoció todas las formas de descarte entre la brutalidad y la diplomacia. Ante la evidencia, me volví su enemiga pública número 1. Si algo bueno le pasaba, una palabra bonita, una mirada halagadora, marcaba ese día con piedra blanca. El paraíso estaba en los ojos de otros.

Todo lo bueno, estaba segura, lo debía a la palabra. Allí era bonita; allí era bienvenida. Al hablar, me perdaban ser más ancha que larga.

Fue difícil deshacerse del viejo pacto maligno, aceptar que no se transgrede ninguna ley siendo común y corriente. Hoy, reunidos los años, cada día mi cuerpo y yo firmamos una tregua. Porque está bueno ya de tanto maltrato, porque basta de quitarnos la vida, porque vivas nos queremos. Por eso.

Marcela Campos

...

Mi cuerpo es identidad, refleja lo que me gusta y lo que no me gusta
Mi cuerpo es fuente de placer y tortura
Mi cuerpo es un refugio frente a lo que me incomoda, pero también es un espacio que me incomoda
Mi cuerpo es desgarró y es amor, es tristeza y lugar de mi vejez y de lo vivido
Mi cuerpo hoy es un desafío, un lugar de encuentro, de reconciliación y de aprendizaje...

Colectiva por la defensa de la semilla

Mi cuerpo

A pesar de toda la violencia ejercida hacia mi cuerpo, hoy asumo que es mío, y solo mío, al fin soy su dueña, me pertenece por completo, y conozco con alegría todos sus rincones, sus imperfecciones y sus perfecciones, conozco todos sus dolores, todo lo que ha superado y lo que ha vencido.

Lo que más me gusta es la dupla cerebro manos, porque aún cuando cierre los ojos, son capaces de escribir y sentir sin necesidad de ver, es una sensación maravillosa, adoro mis manos, hacen tantas cosas, y siguen aprendiendo para seguir el ritmo de mi cerebro que nunca deja de pensar, reflexionar. En realidad, nunca está dormido, nunca estoy sola, él siempre es mi refugio, me libera, a veces me tortura, con recuerdos que no quiero que estén, pero también me recuerda que ya he superado tanto, que no importa que duela un poco, me recuerda que aún estoy viva.

Mis piernas me han llevado tan lejos, hasta donde nunca creí llegar, y mis pies, adoro mis pies, me hacen sentir la arena fresca o caliente, el agua y la espuma del mar, la hierba fresca y suave, el rugoso cemento, me conectan con la tierra y con los elementos.

Mis brazos. Tantos recuerdos de tantos abrazos, algunos muy apretados, algunos apenas sentidos, otros reconfortantes, los más importantes, cuando

me abraza mi madre, o me acurrucaba en mi otra madre, mi abuela, extraño mucho sus abrazos, tocar su cabello.

Mi cuerpo es mío, este cuerpo siente, aún vibra a pesar de todo, a pesar de muchos, y otras también me han enseñado a amarlo, no solo yo, y me recuerda que en todos los dolores pasados siempre estuvo él, que se convirtió en mi más grande amor, mi propio cuerpo.

Pamela Valencia
Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

...

Mi cuerpa... cuerpita... cuerpecita querida que me ha acompañado en todo! Tanto en diferentes tipos de goces como también de sufrimientos y ahí sigue dando la pelea como si nunca se fuera a agotar su energía... me asombra, la quiero, la cuido y sigo tratando de aprender a cuidarla más, ya que cada vez son pruebas distintas a medida que pasan los años... bella cuerpita mía... gracias por todo y por tanto...

Colectiva por la defensa de la semilla

Cuerpos Guarida

Percibir sin palabras es lo primero que pienso que tengo que hacer. Dejar atrás el diálogo para aproximarme al sentir, y luego, de vuelta, o tal vez, en un movimiento contrario. Sentir para poder decir, para poder decirme.

Entonces, sí. Entonces, ¿Qué sí? ¿Qué percibo, dónde me percibo?

Si de manos y pies dormidos, con absoluta frecuencia.

Si de cabello incómodo y a veces tan agradecido.

Si de una mano escritora que quiere des-escribir tantas consignas. Y otra que apoya el papel firme, pero tiembla.

De nuevo, tiemblo poco. Quizás por mi silencio — obligado por quién —

Y ya no sé si me desvío. No sé si mi cuerpo me desvía. No sé si mi mano o tal vez mi cabeza.

¿Y qué lugar ocupa, dónde, cuándo?

¿hasta cuándo dices, cabeza?

Percibo la cabeza fría y descolorida hoy.
Descolorida de esta rabia que me tiene con una
muela rota de tanto apretar los dientes.
Descolorida del engaño de no escuchar al cuerpo
hasta que sea imposible borrarlo.
Percibo que, siento que, hablar de mi cuerpo no
puede sino llevarme a hablar de mis dolores.
(Y qué pena, quizás, si hoy fuera martes, hablaría
de mis alegrías, o de mis risas. Quizás si hoy fuera
mañana no hablaría de nada. Quizás el lápiz
sería más escueto y el cuerpo que le toma más
recatado)
O más dócil. O menos.
O más roto. O más entero.
Mi cuerpo, seguiría siendo mío, pero lo miraría
otro, otra.
No es uno, pero tampoco son dos
(cuerpos).
¿Cómo vas a abrazar a este cuerpo mañana?
A un cuerpo con cicatrices, demasiadas para
los 28.
A un cuerpo que fue guarida
A un cuerpo que vivió en una guarida

¿Quién define cuánto es este cuerpo? Si tiene un
límite, no lo sé.

Al límite, al borde,

Al margen

Al margen impropio de un cuerpo
perdido,

Loreto Graf Ibaca
Redpsicofem

...

La falta de sangre tiñó mi cuerpo, pese a ello
logré tener peso y vivir...

Inflé mis órganos uno a uno y me puse en
mis pies...

La regla dolorosa de mi abuela, tías, madre y hermana hizo olvidar la mía. Hasta que sentí su fluir en mí, moviéndose, sacando fuerzas, dándome energía y produciendo vida a través de ella.

Explorar en mí, construirme poco a poco, órganos, mente, sangre; tocarme y tocar a otros... aprender a vivir.

Colectiva por la defensa de la semilla

Mi cuerpo

Mi cuerpo. Lo que veo en el espejo. En este mundo visual, qué es lo que veo. Meñiques largos, nariz quebrada, asimétrica. Lo primero que veo, lo primero que vi, lo primero que odié y lo último que aprendí a amar. Me gustan esos detalles que reconozco en mi cuerpo, que son míos. La curva de mi cuello más amplia en la derecha que en la izquierda, las pecas del rostro, los lunares en la espalda. Esa marca de nacimiento en el muslo. Los rincones y los secretos ocultos. Las manos, la piel suave en las palmas y los callos en las yemas. Las “manos de pianista”, las que son mi instrumento, las de uñas cortas y quebradas por las horas de estudio, las que nunca pinto porque nunca duran pintadas, ¿quiero pintarlas? Lo olvidé. La frente amplia y la arruga del ceño, porque leo mucho y tengo ese tic de arrugar la frente mientras lo hago. Instagram me propone botox, clínicas de “corrección de imperfecciones”, ¿mi arruga es una imperfección? ¿qué más? Y vuelve el espectador con lentes que no quiero usar.

La cuna, la fuente, el refugio y el tormento. La cajita que contiene los pensamientos, del impulso, de las ganas, el corazón latiente. El acorazado. Las pupilas inquietas. El tatuaje de los 30 años. Las marcas de guerra, las invisibles... Barbara Kruger lo dijo “Tu cuerpo es un campo de batalla”, mi cuerpo, Barbara me habla, mi cuerpo, el que pretenden conquistar, ¿quién? Es mi cuerpo. Una sociedad que pretende

decirme cómo debe ser, dónde debo observar, dónde están mis puntos de fuga, qué puedo hacer con él, qué debo hacer con él.

No quiero ser conquistada, no quiero límites impuestos, quiero lucir mi propia bandera en la mitad del pecho, quiero sentirme dueña de mi territorio, con mis reglas. Sentir que conquisto este cuerpo que habito, más allá de la palabra, más allá del gesto.

Victoria Vial

Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

...

Piel, carne, huesos. Estos últimos resuenan constantemente en mí. La articulación de la feminidad, del ser mujer desde la visión masculina: cuerpos deseables. Yo nunca tuve un cuerpo deseable.

Cumplía el estereotipo de la delgadez, pero no de la deseada.

La adolescencia, el crecer, desarrollarse, encontrarse como persona y reconocerse como mujer, enmarcado por este constante rechazo hacia mi cuerpo.

¿Eres anoréxica? ¿Tienes problemas de alimentación? ¿Comes? Cada vez que me repetían esas preguntas algo en mí resonaba. Mi cuerpo estaba mal, la pubertad no hizo lo que se debía, ¿dónde están mis caderas y mis senos?

La tan ansiosa menarquia llegó, pero tampoco trajo los resultados que esperaba. Mi cuerpo delgado no era un refugio, no era amado ni aceptado.

La niñez y las burlas: piernas de palo, de spaghettis.

La adolescencia y el silencio: el sufrimiento de la pubertad; la falta de atención; ¿por qué a mí no me piropean en la calle?

La juventud-adultez y la reconciliación: el amor hacia mi cuerpo; la aceptación.

El camino es largo; reconocermé como mujer a pesar de no cumplir estereotipos lo fue; los llantos por mi apariencia, innumerables; la rabia por no encajar; el no ser suficiente para el hambre patriarcal.

Reconozco mi cuerpo, lo abrazo, le pido perdón por el odio que le entregué. Le digo: tú no tienes la culpa. Redimir; remendar; reparar; aceptar y amar mi piel, mi carne y mis huesos.

Anónima

...

De todo lo que puedo contar sobre una larga genealogía de madres solteras e hijos ilegítimos (a los ojos, claro, de la ley), quisiera hablar hoy sobre la mía. Quedé embarazada con 29 años en Perú. Durante los seis meses previos mantuve contacto con un escritor/militar peruano que conocí en un lanzamiento compartido con Alejandra Costamagna. Hay cosas que no sé cómo explicar. Manipulación sería la palabra principal. A los pocos meses mi abuela enfermó de cáncer, la cuidé, murió. Dos semanas después me llegó una oferta laboral para Estruendomudo en Perú que tomé más por escape, más por cumplir, más por presión. “Nunca vas a ser exitosa si no luchas por lo que quieres” “Esto te va a ayudar a superar el duelo” “Así despejas la mente” “¿No me habías dicho que tu abuela siempre quiso venir a Perú?”

Llegué muerta de miedo. La habitación que había reservado por algún motivo ya no estaba disponible. Quédate conmigo, dijo, y no me quedaba más. Recuerdo haber alcanzado a articular las palabras “no estoy segura de que me gusten los hombres” justo antes de que empezara la violencia y la locura. Una locura que ahora entiendo no era mía. Debe haber durado un mes y medio, aunque mi contrato fuera por 5 meses. Me enteré de mi embarazo dos días después de recibir la noticia de habersido aceptada en un magíster de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Leiden, en Holanda. Cuando le conté sobre el magíster le dije que me iba, “vamos

a ver” respondió. Al otro día trajo un test de embarazo y me dijo que mejor me metiera al baño. No hice caso. Llamó por teléfono a mi madre y le dijo que quizás sería abuela. Mi mamá se emocionó. Me hice el test a la mañana siguiente. Lo que vino después de eso lo recuerdo vagamente. Sé que me hice la primera ecografía en una clínica clandestina a la que fui arrastrada en medio de un ataque de llanto. Sé que me escapé. Agarré lo que pude y me fui al aeropuerto. Llamé para pedir un préstamo y pasé la noche acostada en los asientos azules esperando mi vuelo. Llegué a Santiago a las 5 am de una noche de principios de mayo. A veces cierto tipo de frío me recuerda sin querer ese momento. Mi abuelo y mi mamá me fueron a esperar y no hablé. No dije nada.

Quizás la única buena decisión que he tomado en mi vida es haber ido a la oficina del doctor Gustavo Figueroa apenas llegué a Viña. Esto que tengo, le dije, no quiero traspasarlo. Hace cuatro años que he ido, poco a poco, reconstruyendo mi historia con su ayuda. Durante dos años, por lo menos, fui amnésica de mí misma y olvidé por completo quién era, mis gustos, mis amores añejos y escondidos. Realmente no recordaba nada.

Hablar sobre las crisis, las angustias aterradoras, en este espacio sería extenderme demasiado. Supongo que basta con decir que he tenido que ir aprendiendo a ser madre y ser yo misma, todo al mismo tiempo. Ejercicio que parece no acabar nunca.

Ejercicio que definitivamente no hubiera sido capaz de lograr sin ayuda. De pronto la frase “redes de apoyo” adquirió un sentido sumamente concreto para mí. Creo, sinceramente y sin miedo a exagerar, que, de no haber tenido la asistencia y el apoyo de mi médico, de mi familia, de mis amigas, yo hubiera quedado hundida en la locura provocada. Sin ellos no salgo de la psicosis, eso es de seguro. Psicosis que tuvo mi bisabuela, madre de mi abuelo, madre soltera y exiliada por haber estado con un hombre casado. Internada contra su voluntad con mi abuelo de dos años. Muerta en el sanatorio con mi abuelo de 5 años. Abuelo huérfano. Abuelo duro. Callejero. Indolente. Psicosis que tuvo mi madre, madre adolescente, obligada a casarse, separada después de 12 años de violencia, luego madre soltera de un ex esposo fantasma. Callejero. Desaparecido. Psicosis a punta de violencia y presión, transmitida como enfermedad venérea.

Hay que parar la rueda, pensé, cuando supe de mi embarazo. Por eso fui a la oficina del doctor. Hay que parar la rueda a toda costa y, sinceramente, no tengo la menor idea si lo estoy logrando, pero al menos lo estoy intentando. Hay que parar la rueda, pienso, sumamente agradecida de haber tenido la oportunidad de escapar, de tener a mi familia, a mis amigas, a un muy buen profesional. Agradecida de tener, por lo menos, la suerte de poder intentarlo otra vez.

Anónima

Relatando mi cuerpo

Pienso en mi cuerpo como un conjunto de contradicciones. Por una parte, la necesidad de obviar eso que llaman cánones, y, por otro lado, la compulsión del masculino en adoctrinarme como parte de ese canon. Muchas veces terminé cediendo a la última opción.

Desde niña, estas decisiones, inconsciente o conscientes, terminaron determinando lo que mi cuerpo es hoy. Recogiendo todas mis características y haciéndolas cuerpo. Un cuerpo universal. El cual se constituye como el reflejo de lo que otros decidieron en algún tiempo histórico (o actual). Un cuerpo que podía hacer solo algunas cosas. Las que estaban (están) permitidas.

Ya más adolescente, mi autovisión corporal se limitaba a la que mi familia (papá y mamá) elegía. Nuevamente, mi cuerpo sintió la contradicción. Y fue lo sacro, lo impoluto, lo que primó en mi adolecer. Unos años más tarde, y sin recordar cómo se fueron dando las cosas, comencé a cuestionar actitudes maternas y paternas, reacciones personales y relaciones con el territorio afín al ser mujer. Desde ese momento, mi cuerpo comenzó a concientizarse con las decisiones cotidianas de la vida de forma más bien simple, casi binaria. En donde mi cuerpo se hacía carne de unos pocos conceptos feministas. Esta construcción que desemboca en lo que hoy día soy, comenzó a gestarse por esos tiempos. Sin embargo, aunque el espectro de cosas que podía

hacer (y conocer), a raíz de ese cuestionamiento, eran mayores, las opciones continuaron acotándose a los roles hegemónicos.

Desde luego, mi cuerpo comenzó a experimentar nuevas cosas, nuevas relaciones. No solo el aspecto físico se vio afectado, sino que mi perspectiva de ser mujer fue cuestionada por completo. La sacralidad no era lo universalmente bello y deseado. Ahora dicha aseveración tenía una razón, un origen. Que es lo que mi cuerpo me pide saber. En ese momento, como parte de mi historia muy reciente, es que mi cuerpo ha cambiado (mutado).

Entendiendo que mi cuerpo no es solo mi carne, mi piel, mi presencia física en un territorio, sino que, además, lo es en un sentido más abstracto.

Valentina Sepúlveda Cofré
Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

...

Siento que mi cuerpo está muy ligado con mi mente entre sí. Cada día al observar mi entorno tengo la respuesta de mi cuerpo, ante un alimento, situaciones con personas y con la naturaleza que me rodea.

Mi cuerpo necesita momentos del día para estar en silencio para poder escuchar mi voz interna que me dice de mí misma.

Mi cuerpo y mi mente están vinculados en pensar situaciones en el espacio sin pensamiento.

Me miró al espejo y digo que hermosa estás, que bien te ves. Irradio luz dentro y fuera.

Colectiva por la defensa de la semilla

Autobiografía de mi cuerpo

Mi cuerpo ha sido un espacio en el cual han habitado muchas contradicciones. Crecí sintiendo que mi cuerpo no era suficiente, que no era merecedor de amor, respeto y cariño, que debía ser modificado, lo que se acentuó por experiencias vividas en mi infancia de violencia y abuso sexual.

Desde ese punto de partida por muchos años lo rechacé, de diferentes formas, a través de distintos métodos y en diversos contextos. Me sentía en total asintonía con este cuerpo, sabía que debía encontrar la forma de amarlo y reconocerlo, pero no sabía cómo... Fue así que comencé a pintarlo, con distintas formas y colores a través de tatuajes. Realizando un recorrido por cada uno de éstos (9 en total) veo cómo mi historia y mis intereses se reflejan a través de estos, plasmando cada momento, cada etapa de mi vida y de la relación que he tenido conmigo misma, con mi cuerpo y con mi entorno.

Gracias a los movimientos feministas, a las teorías feministas, a mi capacidad de reflexionar, de criticar constructivamente, de cuestionar, de sentirme incómoda, de querer enfrentar mis propias tormentas y oscuridades, tocando fondo he ido logrando de forma paulatina reconocer este espacio que hoy agradezco inmensamente. Ese cuerpo que habito es el que me permite realizar mis actividades diarias: correr, leer, llorar, reír, abrazar, besar, observar,

saltar, sentir, oler, saborear. Este cuerpo es el que me ha llevado a lugares que han marcado mi historia y mi experiencia.

Hoy, para mí, mi cuerpo es un espacio de cultivo, de amor, de respeto, de merecimiento, de empatía, de autocompasión, pero también es un espacio que sigue teniendo huellas y residuos de una sociedad que me mantuvo enferma por muchos años, en un abismo profundo de desolación y desencuentros por no sentirme parte de ese ideal de mujer y de feminidad. No fue hasta hace unos años que me pregunté si al mirarme al espejo buscaba encontrarme a mí misma o a esos ideales de belleza que han sido impuestos y han generado un estándar de belleza. Es un proceso de reflexiones, de contradicciones, de encuentros y desencuentros que vivo constantemente, pero en una relación de mayor fluidez y coherencia que la forma en que por años habité mi cuerpo. Soy fiel creyente que todo surge, permanece y se desvanece... donde lo único permanente es el cambio constante, y ese es mi camino hoy sobre la forma en que veo y me relaciono con mi cuerpo. Aquellos pensamientos que marcaron mi relación con el cuerpo se han ido desvaneciendo, creando otros más saludables y nutritivos y por ende menos dolorosos, culposos y castigadores.

Javiera Villarroel
Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

...

Mi relación con mi cuerpo como deportista ha sido muy estrecha, siempre he tenido que estudiarlo y sentirlo para lograr los objetivos.

Como profesional ha sido casi siempre una gran herramienta de trabajo y estoy en sintonía con él.

Como mujer siempre he tratado de ocultar mi parte femenina, para evitar molestias en general.

Colectiva por la defensa de la semilla

...

Con mi cuerpo nos traicionamos constantemente. Náuseas, mareos, jaquecas, cosquilleos incómodos, escalofríos, tiritones, muchas lágrimas. Años de decepción de no cumplir con el ideal, años de dolor de manos ajenas y aterradoras que violentaron, meses intensos de reconciliación. A pesar de la costumbre de juzgar a mi cuerpo, el dolor más intenso ha sido el reciente, enfrentada al control de crisis que desatan todo tipo de malestares. Pero el dolor constituye la oportunidad de resignificar, de juntar y quebrar piezas, habitar de otro modo. Gracias a esos otros que también constituyen mi cuerpo: territorios, herencias, luchas y memorias que habito; compañeras y maestras, feminismos latinos, gordos, disidentes y otros, que acompañan cada día en el campo de resistencias, cambiando, transformando.

Rocío Gallardo

Biografía del cuerpo

Nací en un cuerpo profundamente atormentado por el miedo, casi todas o todas las mujeres de mi familia encarnaban en su cuerpo el dolor del abuso y la violación, un tío cercano sembró terror durante mucho tiempo. Así, descarnadamente me anunciaron una y otra vez el peligro de nacer mujer, me enseñaron a nunca mostrar demasiado el cuerpo, jamás confiar en nadie, aunque fuese un hombre cercano a la familia... Poco a poco mi cuerpo fue desapareciendo y cualquier cambio que experimenté lo viví severamente. En la actualidad, me reconcilio con un cuerpo lleno de inscripciones que no me acomodan. Paulatinamente, he ido rompiendo algunos mandatos y creo que eso es una victoria.

Mi nombre es Belén y tengo variados intereses, por mucho tiempo sentí que aquello era una debilidad. Pero la promiscuidad intelectual, cultural entre otras, me ha permitido renovar sentidos. Actualmente, disfruto mucho jardinear metiendo las manos en la tierra, tengo mi casa llena de esquejes de suculentas que se reproducen como la mala yerba, dentro de mis placeres está ver y leer teatro, siento que me alimenta de sensaciones y creatividad. En cuanto a mi historia con el feminismo, es en tiempo presente. En el año 2017 recién estuve cuestionándome que era eso del “feminismo”. Fue muy revelador colectivizar una serie de experiencias individuales de violencia y temor permanentes, que tenían consistencia en un sistema

de opresión usurpación y devaluación de todo lo femenino. Estoy aquí porque quiero dar consistencia teórica y metodológica a estas experiencias (y viceversa), tengo un compromiso con la educación no sexista y deseo aportar desde la formación del profesorado.

Belén Campos Madrid

Vida Redonda

Círculos, esferas, figuras redondas... De todas las formas son a las que menos tuve cariño. Cuerpo redondo, cara redonda, pelones redondos. Más círculos en los brazos por los ensayos clínicos, menos círculos en la cuenta del banco. Mientras mayor es el tamaño de la pérdida, menor es la autoestima. Mientras más intentas adaptar tu imagen, menos segura de ti misma estás. Disminuye el círculo de amigos, pero aumenta el valor de los que quedan. Y si con ellos rompes el ciclo y te aceptas, el pelo que se fue y te escondía, ahora da protagonismo a tu rostro. A más edad, menos importancia le das, ya que sumando y restando, este es un círculo positivo.

Rocío Ruiz S.

Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

...

Durante tanto tiempo no me reconocí, me miraba en el espejo y no me veía, algo en mí había cambiado y no me gustaba, no era yo, no lograba reconocer en ese reflejo mi cuerpo, mi propio ser. Esa debió ser mi alerta.

Un otro cuerpo me dañó, un dolor profundo me derrumbó. Sin embargo, en los días más oscuros, mi cuerpo no enfermó, aún en el descuido nunca me falló. Fue ese cuerpo, ese cuerpo que no reconocía, el que fue mi sostén, mi rincón tranquilo y seguro para sobrevivir.

Hoy cuando veo mi cuerpo, vuelvo a reconocermelo, hoy que vuelvo a apropiarme de este cuerpo que habito, veo fortaleza, veo coraje, veo amor y me doy cuenta como cada parte de mí hizo su trabajo para mantenerme entera.

Este cuerpo, el de hoy, un cuerpo que respira, que late, que se mueve, que siente, que goza, este cuerpo que sí me gusta, que me acomoda, este cuerpo que me conecta con la vida. Este cuerpo sí es el mío.

Úrsula Lizama Quinteros
Redpsicofem

Relato

Días antes de hacer un cambio muy importante en mi vida, fui a aquella casa, la casa de la “tensa calma”.

Cada vez que entraba allí, sentía que el tiempo se había detenido, y aquellas memorias que guardaba mi cuerpo, memorias que aún habitaban ese lugar, y me habitaban, aparecían para recordarme que ya no pertenecía allí, que mi cuerpo muta, se mueve, se transforma.

Pero a veces es necesario recordar, re- cordar, volver a pasar por el corazón.

Aquellas memorias empezaron a aflorar en mi cuerpo, de diversas formas: ronchas expandidas en cada centímetro de mi piel, cabello que se desprendía de mi cuero cabelludo incesantemente, un cuerpo inquieto, intranquilo.

Tal es así que la rabia y la angustia, empezaron a brotar, entonces acudí a doctores que intentaron ponerle nombre a estas memorias, ofrecí éste cuerpo a maquinas, análisis, diferentes exámenes, por mientras, yo me hacía la desentendida.

Pero las señales seguían ahí, hasta que las atendí, las escuché, las habité.

Gracias cuerpo, por recordarme, gracias cuerpo por avisarme que tenía que seguir mi camino, por permitirme poner en palabra aquellas memorias, resignificarlas y echarme a andar.

Fue sanar.

Eva Bravo
Redpsicofem

III. CUERPOS EN REBELDÍA

...

Cuerpo: lugar de trabajo y placer. Mi casa y vehículo para hacer en el mundo. Lugar de ambivalencia y a veces conflicto. Percibo la imposición y prohibición que viene desde afuera. No quiero aceptarla. Quiero vivir mi cuerpo con aceptación y un cuidado amoroso para mí misma.

Colectiva por la defensa de la semilla

...

Un cuerpo sentado, cansado, con la espalda pesada y llena de ácido láctico. Dudoso y ansioso de acabar de una buena vez.

Un cuerpo que espera, que aguarda, que crea y produce vida, que la suelta –luego- y derrama los pálpitos compartidos.

Un cuerpo que resiste e imagina, contra todo imaginario; que constituye e instituye, contra la fuerza de la muerte.

Un cuerpo mutilado, que escucha y aguanta, que polemiza y duele.

Un cuerpo que gesta en sus carnes, que engendra palabras sin enunciarlas, que siente y nombra desde un lenguaje, que le han repetido una y otra vez que no existe.

Un cuerpo en viaje, que acumula arrugas y se despoja de temores; que desgarrar el andar y se transforma en colectivo.

Un cuerpo que ha aprendido -al fin- la lengua de lo mismo para arrebatarla, como lo otro.

A veces solo, precarizado al olvido; otras veces articulado al infinito, con el tiempo colándose en su piel; contando en una, dos y tres... Las vidas que nos roban, las vidas que existimos.

Porque estuvimos aquí, dejamos registro; construimos alianzas y gritamos al unísono.

Así, un cuerpo frágil, recostado, sin ganas de seguir luchando, es puesto en movimiento, cual figura que ilumina el horizonte, en los tejidos cotidianos de recuerdos que van sosteniendo nuestros pasos.

Constanza López Radrigán
Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

...

Mi cuerpo como lucha, como tránsito, como puente. Cuerpo que trajo vidas a este plano, que parió en cuclillas, que amantó y sostuvo a dos wawitas.

Este cuerpo aguerrido, muchas veces desvalorizado, comparado, cuerpo que estoy comenzando a poner en primer lugar, que estoy aprendiendo a llevar como un templo, único y sagrado.

Fuera de los mandatos, de las lógicas patriarcales y las exigencias de este sistema.

Colectiva por la defensa de la semilla

Biografía de mi cuerpo

Nacer aquí, significa no padre, cordillera donde se rompe el cielo, borradura y muchas madres. Mi carne barricada, donde el fuego no es una lengua voraz, más bien cenizas que nunca se rinden, que se ven inofensivas, pero si te acercas arden. Podemos morir en el pecho, pero estar brotando desde los muslos, somos cactáceas que sobreviven, así ensamblamos el error de ser nosotras. Entonces nuestros cuerpos incorregibles son revelaciones fracturadas que perviven, inscribiendo subversiones entre labios, entre grasas inflamables, como la cajita musical dinamitada que indomable sigue latiendo. Las geografías desobedientes, las que tenemos una sangre enredadera, crecimos sin bibliotecas, pero viendo florecer la tierra. Caminando entre cerros, con las rodillas rotas, encendiendo horizontes azules, besando a nuestras amigas en busca de calor, tuvimos que inventarnos un territorio, una hablada del derrumbe, las que somos archipiélago y acuerpamos el lenguaje de la ausencia, migramos más allá del poderoso relato de la ganancia, tenemos la necesidad de incendiar, por todas las veces que el ardor nos fue negado, en ese candor anidamos otras posibilidades de existencia, nuestro rostro es un mapa donde las abuelas dibujaron ojitos de sur y pómulos como montañas, nos cansamos de encajar en el ensamble donde nuestro sonido corporal es parte de la sinfonía que se ha repetido siglos antes de nosotras,

este cuerpo no dejó de tener miedo, pero aprendió a temblar de otra manera, para defender la narrativa de su memoria.

Gabriela Contreras
Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

Mi cuerpo (no) es mío

Hablar desde, por y para el cuerpo pareciera ser tarea fácil, más aún cuando el cuerpo del que se habla es el propio. Pienso en que Julieta Kirkwood nos anunciaba que ese cuerpo que se tiene es tan solo de una. “Mi cuerpo es mío”, reflexión redundante, pero completamente lúcida ante el grito de posesión de un cuerpo que nos vive, pero que, al mismo tiempo, nos es extraño. Hablar de cuerpo, entonces, es hablar de feminismo. “Mi cuerpo (no) es mío”, consigna recurrente y problemática que revitaliza en cada paso lo conflictual que sobrepasa al cuerpo, afirmando la posesión de éste como síntoma del deseo de subversión a la lógica patriarcal que naturaliza la violencia hacia las mujeres, visibilizándose, por una parte, en la prohibición al aborto.

Persistencia en el cuerpo, en el aborto, uno de los tantos modos de desestabilizar, luchas intrauterinas, a contrapelo de lo que la inscripción “mujeres” tiene permitido hacer. Este proceso de visibilizarse a sí misma la lesión de un cuerpo que (no) es propio, por lo cual digo, la toma de conciencia del daño, se dilata en la complicidad de la decisión. “Yo aborté”, “yo aborto”, siempre compleja, siempre prohibitiva, no obstante, gozosa de la seguridad del habitarse propia, del quererse siempre.

Hace diez años parí, la nombré Alelí, se convirtió en hija y yo en madre. Hace dos meses aborté, aún, a ratos, duelen ambas decisiones, ninguna más

certera que la otra, ninguna más sentida que la otra, y es que esto que nombro mi cuerpo, torcido, roto o hueco, esta composición, es mía.

Aschly Elgueda

...

Intento escribir esa imagen que evocó las palabras sobre el recorrido del cuerpo, aquellas que me hacen reflexionar acerca de tener que hablar de un cuerpo que hoy reconozco como mío, pero que costó llegar a este punto.

Tengo la escena de esta infancia que se escapaba de la diferencia porque dolía demasiado, esta sensación de que otros miraban esta existencia de cabeza gacha escondiendo algo que yo sabía que habitaba en mí, pero que intenté por todos los medios que no emergiera. Recuerdo esa primera vez donde otro, un tercero, me miró con ojos acusadores esta corporalidad que yo estaba poniendo como espacio de resistencia, para intentar detener la vulneración a una de mis compañeras y que con mucho desprecio me recordara que los marimachos son despreciables... Y ahí me quedé, con una especie de vergüenza y mochila que cargué por tiempo, y que con tanto esfuerzo intenté subvertir para poder acercarme a esa apariencia femenina que creía se me había privado de vivir, y me esforcé por tapar mucho mis espacios donde no encajaba como esa mujer adecuada, para que nadie más pudiese descubrir esto que cargaba con dolor y no aceptación en el fondo de mi ser.

Recuerdo estas frases al aire que la gente dice como si nada ocurriera, “pero si igual se te nota” y yo que creía que lo tenía tan bien escondido en mi interior, o esa vez que mi jefe me encerró en su oficina a

exigirme que le explicara ¿por qué no le había contado de mi orientación sexual? Y que, atónita, haya pensado, ¿y es que acaso no logré actuar este rol heterosexual que se me exigió?, ¿tan mal lo venía escondiendo? Y nuevamente caer en los dolores de la no aceptación representada en este cuerpo, que lentamente empiezo a habitar, que lentamente empiezo a abrazar y sí, está bien que se note, y está bien nombrarme desde mis lugares y lo hago con orgullo y mi cabeza muy alta porque en el momento en que dejé de esconderme, pude luchar con fuerza y la frase de que pongo el cuerpo en la lucha cobró todo el sentido que durante años le había negado.

Francisca Garrido Lucero

Yo soy

Yo soy Karem Larissa Maceratta Osorio, soy hija del exilio, nacida en Niederösterreich, Austria.

Soy hija de la porfía.

Fui diagnosticada con un quiste avanzado y, por ello, urgente de extirpar. Antes de una crónica de muerte fallidamente anunciada, en la que una picadora avanzaría a mi paso, mi madre Victoria y padre Alberto, en una escapada olímpica cinematográfica, huyeron dejando atrás sus huellas en el piso recién pavimentado, aún tibio y humedecido por las manos obreras.

Ella, mi madre, sabía que no era un quiste. Quizás ellos, los arios delantalitos blancos de ojos bien azules, también lo supieran. Quizás, fuera necesario disminuir la taza de tercermundistas asilados hambrientos en su territorio de imperio germano. Quizás, solo fuera un suceso fortuito.

Soy aquella que, al recorrer su trazado cartográfico, habla habitando sus fronteras, aquellas que emergen como surcos de cuerpas friccionadas. Esto implica hablar de despojos, de arraigos y sucesivo destierro. Implica narrarme desde lo ajeno como lugar de lo propio, de países lejanos y, sin embargo, extrañamente imbricados.

Nunca seré de uno, a veces seré de ambos, a veces de ninguno, otras veces un atisbo de alguno, otras de un espacio dividido y otras de un campo nómade multiplicado, infinito.

Habitar las fronteras del exilio es un pasaje de ida y vuelta, de vaivén constante, es recorrer dos mundos con colores y olores diversos, con lenguas entrelazadas, con contrastes profundos, con sabores y sinsabores, con economías desiguales, con corporalidades definidas, con ideologías amaranto en un telón de mareas negras.

Narrar(me) desde mi frontera es, hablar del cabello oscuro, del tamaño hormiga y del trabajo hormiga, es tocar la frontera de clase, la frontera de proveniencia india, aunque mezcla huinca. Es también narrarme desde el tejido forzado en-tre/de-sde Viena-Santiago.

Es hablar del abuso, de aquel que silenciamos. Es narrar el lugar del despotismo, donde el zarpazo masculino estira sus manos con afán de dominio.

Es hablar del territorio que levanta sus surcos en señal de denuncia, allí donde los cuerpos vejados se alzan en lucha para reivindicar su nombre, para reclamar la marca del estigma, para revelar las resonancias de la culpa y, una vez rota la cadena del silenciamiento, reivindicar todas aquellas fisuras devenidas y aquellas por resistir.

Soy también quien cree en un tejido libertario. Soy desde una frontera madre, desde una frontera hija, transitando el duelo huérfano de mi bien amado padre. Soy desde una frontera obrera, una frontera cómplice de sororidades, una frontera con convicción de las multiplicidades.

Karem Maceratta

IV. LA ESCISIÓN Y LA MONSTRUOSIDAD

De sombras, luz y luna

Mi cuerpo y yo hemos transitado en caminos distintos desde mis primeros recuerdos. Con los años, se tornó en algo incómodo, algo que en mi mente solía ver de una manera, pero que en el plano físico tendía a expresarse de otra. Tal dualidad causó en mí una profunda desconexión corporal que llevó a dañar mi cuerpo de formas reiteradas y profundas. Casi sin dar cuenta de las cicatrices se mantuvieron conmigo todos estos años, en silencio, en sombras, casi en vergüenza y culpa.

Mi cuerpo, en un momento de la vida, no pudo responder a la biología de la maternidad. Desde ahí la culpa tomó la forma casi como la de un tatuaje, algo que está en tu piel y que, pese a los anhelos o esfuerzos por borrarlo, sigue ahí. La sociedad tatuó mi cuerpo, lo categorizó, lo tornó un trofeo, y un espacio de dolor en donde todo debía ser aceptado. Así fue en el cuerpo de mi madre, de mi abuela y es probable que en el de mis otras ancestras también.

No obstante, la luna, que siempre estuvo allí, cambiando, transmutando. Incluso cuando parecía desaparecer, le enseñó a mi cuerpo y a mi mente a encontrarse y danzar a un mismo ritmo, a dibujar los colores que, según mi ciclo, desee expresar, desde ese momento mi cuerpo y sus cicatrices cantaron y danzaron en un espacio de autoconocimiento y aprendizaje, lejos de la culpa, lejos de la opinión del resto.

La luna mantiene sus ciclos y mi cuerpo y yo también. Aceptando y abrazando la luz y la sombra. De este modo celebro cuando mi cuerpo mengua y amo cuando la luna nueva, al igual que mi cuerpo, renace. Ya no hay culpa, hay aprendizaje, no hay daño, solo un espacio infinito para ser cíclica junto a mi cuerpo.

Nataly Santander
Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

Biografía de mi cuerpo

Habito este cuerpo desde hace más de cuarenta años y puedo contar mi historia desde mi cuerpo, teniendo como guía dos tipos de relaciones. Mi relación personal con mi corporalidad y la relación de ésta con los otros y los mandatos sociales.

La primera ha sido en general de paz. Desde pequeña me gustaba como era mi cuerpo y cómo me llevaba con él. Cuando fue pasando el tiempo, me di cuenta sin saber que existía un canon de belleza hegemónica –desde situaciones simples– que mi cuerpo tenía algo diferente. Quizás era por mis lentes, pensaba. Y el tiempo siguió y caí en la cuenta que me sobraba bronceado y me faltaban centímetros para entrar en tal canon. Sin embargo, seguía sintiéndome bien conmigo, aunque me daba rabia que solo unas pocas características eran consideradas belleza, habiendo tantas otras que también lo son.

En cuanto a la segunda, no me fue tan bien como en la primera, una constante lucha con esos mandatos que no me cerraban entonces y tampoco lo hacen ahora, desde la ropa, el peinado, el lenguaje y los comportamientos que se esperaban de mí por habitar un cuerpo con vulva/vagina. Esto me irritaba desde pequeña y lo sigue haciendo al sentir un trato desigual a causa de mi corporalidad.

Marcela Rivas

Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

Relato autobiográfico de mi cuerpo

Mis primeros recuerdos sobre mi cuerpo son accidentes, heridas, cicatrices. Mi mamá, ya separada, buscando cómo llevarme a la posta. También discusiones, peleas, cambios de casa propios de un divorcio cuando tenía apenas un par de años. Eso igual marca el cuerpo. Después, vergüenzas que me siguen hasta ahora, como el disfraz de pececito verde que no quise ponerme, pero que ahora encuentro bellísimo: formas de expresarme que fueron reprimidas, y luego quizás resurgieron.

Más tarde, secretos que guardo hasta hoy, pero que siento que en parte eran premonitorios: situaciones que ahora reconozco que eran sobre roles de género, sexualidad y sobre mi propia identidad, pero que en ese momento parecían confusiones que —por alguna razón— sabía que estaban mal. Recuerdo vívidamente estar en el patio jugando, montado en un autito de plástico, y preguntarle a mi abuelita si es que yo podía ser una niña. Claramente me respondió que imposible, y lo más probable es que haya rezado semanas por mi masculinidad. También recuerdo a mi mamá hacer excusas sobre mis gustos, particularmente a ella diciendo “es que es... sensible” a una cajera de supermercado.

Fue una infancia rodeada de mujeres. Mi abuela me crio mayoritariamente, porque mi mamá trabajaba todo el día. Luego mi tía-abuela, de forma remunerada. Mi abuelo era un proveedor. Entre harina de pescado y sindicatos de papeleras, proveyó de

recursos a mi abuela y sus 5 hijos/as, pero nunca supo ni hacer tallarines, y tiene un reflejo para reprimir las lágrimas propias y las de los demás. Mi abuelo, ese que me hacía mirar los modelos de un comercial en una revista, y me hacía elegir mi favorita, yo sin entender mucho.

¿Cómo se forja el cuerpo? Probablemente mediante la experiencia, la presión, la comparación, la vergüenza. Todo eso lo viví en el colegio, la adolescencia. Siempre tuve mejores amigas, siempre me molestaron por ser diferente. Rápidamente se me hizo saber que era hombre, o más bien, que debería serlo. Estar en el vórtice de la masculinidad, centro del mundo, conlleva un bagaje implícito enorme. Este cuerpo tiene algo que le hizo ser conferido de poder. Un poder que, aunque se elija no ejercer, de todos modos, es reconocido como tal por los demás. El sistema sexo-género se encargó de producir género a partir de esta carne.

No fue una adolescencia traumática ni mucho menos. El trauma vino después. Las consecuencias de negarse al falo son una especie de castración... “Maricón”, porque el hombre que no es macho es un otro, otra posición por dominar. “Hombre con vagina”, porque la masculinidad es entendida como biológica, fluye en la sangre propia, el semen, y la sangre derramada; tiene órganos y formas que le inyectan virilidad, y negarse a ella claramente indica una falencia fisiológica. “Eunuco”, por lo

mismo, porque un hombre que no es macho vale lo mismo que un hombre sin genitales, es un hombre que se castró a sí mismo y que, en consecuencia, es re-castrado sin cesar por sus ex-pares. “Sólo quiere ponerla”, como si la única razón para problematizar la propia posición en la estructura de género sea obtener algo a cambio. “Escombros”, porque significa ser lo más bajo, una sobra, basura, una ruina de la masculinidad: algo que ya fue destruido, y que debe ser desechado. “Traidor de género”, —mi favorito— porque reconocen que existe un pacto patriarcal implícito entre hombres que les beneficia, una “con-ciencia de género” donde los hombres reproducen su dominación y son cómplices de sus actos con la finalidad de defender sus intereses. Saben que un traidor pone en riesgo ese pacto. Todas esas fueron heridas que terminaron cicatrizando distinto.

Paralelamente, un proceso diferente. Caótico. La experiencia de sentir alienación respecto de mi propio cuerpo: disforia. No pertenecer a ninguna parte. Un cuerpo que no es mío y que me ataca desde el espejo. Fue como cuando éramos chicos y una ola te botaba en la playa, y sentías el agua pasar sobre ti mientras girabas por segundos eternos. Heridas abiertas y cicatrizando. Millones de marcas sexuales secundarias en mi piel, que resurgen, como los pelos de un insecto. Estructura ósea, genitales, texturas, culpas, deseos e ideas incorrectas y por corregir. Odio a lo que soy, que lleva a desear cambiarlo

todo, por sentir que este cuerpo no soy yo. Sentirme como la misma burla que me dijeron que era. Un fraude. Pero también, pequeños momentos de júbilo: el reconstruirme, el descubrirme, genera una felicidad que a veces raya en lo absurdo. Si llego a dudar de lo que soy, o si me siento un fraude, recuerdo que esos momentos de euforia no pueden sino ser reales. Esta es una biografía inconclusa, porque aún sigue en transición.

Anónima

Mi cuerpo

Hemos pasado 40 años juntos. Recuerdo lo gorda que me sentía a los 16, lo fea, lo poco atractiva por tu culpa. Me molestaba mi nariz, que me recordaba a mi padre, y no quería parecerme a él. Tú, junto a la genética, me jugaron chueco en eso.

Pero han pasado tantos años que lo tangible cada vez ha cobrado menos importancia, lo que me ha permitido en parte reconciliarme contigo, con la panza que me sobra, con las caderas grandes, con las manchas de mi piel, incluso con la nariz de mi padre. Incluso, las arrugas que han aparecido, me parecen ya insignificantes.

Pero aún tengo una reconciliación pendiente, porque a mis 40 años, aun no me armo de valor para mirar esa parte que me ocultas. Seguramente herencia de mi madre que me recordaba continuamente “Lo correcto” y “Lo incorrecto”. En qué minuto, me pregunto, ella me enseñó que no debía mirar mi sexo. ¿O yo lo pensé? Pensé que era incorrecto mirarlo, mirarla. Tomar un espejo y mirar esa parte de mí tan oculta. ¿Porque necesito valor para mirar algo mío? Si es mío. Si es mi cuerpo.

Marianella Bascur Anselmi
Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

Otra vez la paradoja

Todo comienza en el pie izquierdo. Ese se lo torció al salir de una disco. Cuerpo expuesto, carne abierta. Como carroña empaquetada desde nacimiento. La etiqueta, supone, se la pusieron el día en que dijeron que era niña, que fue el mismo del parto, aunque niña tenía que ver con vagina, vulva, orificios y peligro. Cuestiones que con el tiempo tendrían más sentido, pero siempre era el mismo, uno y no otro. El pie izquierdo es el mismo que dio el primer paso cuando apenas alcanzaba las mesas.

En las rodillas un par de cicatrices, sobre todo por culpa de la bicicleta y no estar esculpida en el estereotipo, y junto con la bicicleta, también le van a interesar el básquetbol y la danza, aunque con el fútbol prefiere no meterse, porque no confía en sus piernas. Lo de la disco le daría la razón, seguramente, y sabe que es mejor mantenerse alejada de las pelotas porque esas, además de miedo, le recuerdan el sudor. El sudor en el pelo, la espalda, las piernas. El sudor que cae como agua recién vertida sobre cuerpos hilachudos y mal terminados. Cuerpos llenos de bordes, llenos de pliegues que, sospecha, se les van formando con los residuos que quedan de ellas.

Ella también fue residuo. A los 9 sola, a los 11 otros y a los 15 el dolor. Los hombres: un malestar en su vida que no sabe cómo resolver, una piedrita en el zapato o frente a él, con la que tropezar y

caerse, como de las bicicletas caerse, pero en lugar de cicatrices, quedar vacía, dejar residuos en ellos, ser territorio de conquista, desplazado, periférico, ilegítimo.

Descubrir el cuerpo de las mujeres es ceder y ceder es distinto que recibir, piensa, aunque recibir es distinto de lo que quiere decir, en recibir alguna capacidad de agencia hay, en recibir no se pierde tanto. Con las mujeres cede como con las bicicletas, con las páginas, las palabras. Esas se le pegan al cuerpo tarde una mañana, lo suficiente tarde para sentir las inútiles, enteras, a medias.

Otra vez la paradoja del cuerpo, se dice, pensándose irresuelta en aspectos que tienen que ver con la disco, la vulva, las cicatrices, ellos, ellas, pero sobre todo ella. Todo, ellos, ellas y ella, ahí, a un costadito, preguntándose si su cuerpo le ha pertenecido alguna vez, sabiendo que la respuesta no le va a gustar, articulando, otra vez, la paradoja.

Gabriela Alburquenque
Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

La oruga de mi vientre

Durante dos años cada vez que pensaba en la cicatriz de mi vientre imaginaba una oruga gruesa y oscura. Una especie de surco profundo, rayado y doloroso. A veces soñaba que se me infectaba, que había quedado algo atrapado en algún punto infeccioso. Comenzaba a hincharse en mi imaginación una masa enorme, como un melón podrido al costado derecho que dolía cada vez más. Despertaba asustada pensando que iba a reventarse solamente para volver al mundo real, donde nada había quedado dentro, estaba todo fuera, con brazos y piernas y una sonrisa perfecta. No sé por qué se me ocurrió mirar la cicatriz en el espejo recién dos años después. No había oruga ni surco, no había realmente casi nada. Una cicatriz de corte sano, un par de sombras oscuras, un par de pliegos de piel tirante, casi imperceptibles. Todo debajo de la línea del bikini, entre los pelos, como si nunca hubiera pasado nada.

Tania Lagos Urrutia

Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

...

Y es que casa no es garantía de hogar, hacer hogar en unx mismx para luego hacer hogar afuera, con otrxs, retroalimentándose unx con los otrxs y lxs otrxs con unx, no hay unx sin el otro. Es extraño escribir cuando el propio cuerpo se presenta como otrx para unx mismx, mi propio cuerpo, un cuerpo que siempre he sentido ajeno, digno de ser ocultado, maltratado, modificado. Me siento extraña en este cuerpo, no sé qué escribir, ni cómo empezar, pareciera ser que me cuesta pensarlo, simbolizarlo, habitarlo. La noche siempre ha sido mejor vivida por mí, no hay luz, el detalle del cuerpo se difumina, me da la ilusión de que no me ven. La noche me baja las defensas, silencia las múltiples alarmas que durante el día estorban mi mente, me siento acogida por la oscuridad de la noche. Ha sido todo un viaje tolerar el día, el proceso de mirarme, subjetivar mi cuerpo, dejar de dañarlo, maltratarlo, negarlo, disociarlo, mi cuerpo siempre disuelto en fragmentos para así poder, tolerarlo. La mitad de mi cara, mi cara sin frente, tapar las orejas, ocultar mis piernas, ropa grande, tan grande que me tape, que me escude de la fragilidad peluda que siento. Ha sido junto a otrxs que me reconozco, que me apropio de este cuerpo que tengo, me fue dado. Qué especiales son esos vínculos en que unx repara esa forma de mirarse, de sentirse, de quererse. Que importante se torna para mi deconstruir la idea de que el cuerpo vivido en fragmentos es patológico, me autoriza a sentirme un poco mejor respecto de mi vivencia psíquica/física. Me dejo de sentir loca,

patológica, desasosegada. Mi cuerpo ha dolido mucho tiempo, pero cada día lucho por sentirme viva, agradezco todo lo que en el día y también en la noche puedo hacer con mi cuerpo, piernas que transportan, que recorren lugares, sostienen, mente pensante, sueños, proyectos, deseos, percepciones, sentimientos, emociones, placeres y sabores. No olvido. Desde el amor, he decidido cuidar mi cuerpo, me permito habitarlo, intentando integrar sus aspectos buenos y malos, para hacer un todo de la suma de sus partes, sin olvidar, que, a la vez, no son más que partes. Soy pedazos, soy una en dos y dos en una, soy múltiples órganos amalgamados para ser, sentir y amar.

Josefina Melero M.
Redpsicofem

V.

CICATRICES

...

Hoy me siento bien con mi cuerpo, me gusta todo lo que llevo.

Siento que mi cuerpo es la evidencia física de mi historia: me habla, me reclama cuando me descuido en lo emocional, trato de cuidarla y moverla, bailar, correr, meditar, reír. También la escucho cuando estoy cansada, cuando tengo pena y necesito ponerme en posición fetal y abrazarme. Escribo mi ciclo lunar y me ha ayudado a conocer mis cambios físicos, de humor, de fluidos y emocionales.

Antes mis glúteos pronunciados eran un problema porque me molestaban y sufrí acoso en la calle. Hoy llevo mis cachetes con orgullo y los amo. Cada día trato de cuidarme como a una plantita.

Colectiva por la defensa de la semilla

Cuerpos in/proprios

24 de abril de 2020

Me pregunto quién estaría conmigo, aunque no tuviera cara, si no tuviera cuerpo. Si sólo fuera emociones para los demás, palabras y recuerdos. ¿Me seguirían queriendo? ¿Sería posible amarme? ¿O todo depende de la existencia de mi cuerpo, y sin él no sería nadie? Así que ahora que no sé quién soy, pero tengo un cuerpo, ¿soy sólo mi cuerpo?

17 de agosto de 2022

De la vida de mi cuerpo odio los esfuerzos que le he obligado a hacer para anteponer los gustos de los hombres, y de la sociedad, a mi propia comodidad y salud física y mental. Odio sentirme obligada a satisfacer la expectativa social que quiere que sea lo más diferente posible de los hombres, pero al mismo tiempo lo más cercano a sus sueños eróticos. Odio los comentarios de mi madre, de mi abuela, de la madre de mi ex novio: mujeres que comentan el cuerpo de una niña, que no lo dejan en paz y no me dejan ser libre.

Benedetta Castellaro

La vida en cifras

Mi cuerpo erguido frente a sus ojos examinadores. $6+6+6$. Eso soy: 6 kilos extras de muslo izquierdo, 6 kilos extras de muslo derecho y 6 kilos extras de trasero. $6+6$ mi edad. 6×3 en kilos y en años. $6+6+6$ y me dijo que ahora sí se pondría celoso de mí porque me podían mirar. 6×4 y ahora son 12 extras. “Si te comes todo lo del plato, no eres señorita”. $12-5$ y “ahora te ves mejor”. Mucho mejor. Tanto mejor que deseo apropiarme de ti y tus 12 — según lo que calculo — entran en mí sin consultarme. $6 \times 4 + 2$ y pienso en que, quizás, por eso nunca fui muy amiga de la matemática.

Joudy Salinas O.

Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

...

Albergó en mí el dolor del abuso y la alegría de las caricias...Tierno ser somatizando una alergia a los 7 años... somatizando el maltrato...

Mi cuerpo llamó la atención... no sabía cómo cuidar de él hasta que comprendí que no era de otros sino mío... Como pudo buscó respuestas y comenzó a sentir el poder de autocurarse.

Me hice responsable de él y le dije que siempre lo cuidaría... nadie más podría apropiarse de él...

Hoy transita en el afecto que le provee. Aprendí a conocerlo, amarlo, conozco sus ciclos, observo sus cambios, agradezco lo vivido...

¡Mi cuerpo, mi territorio!

Colectiva por la defensa de la semilla

...

Constante herídame. Me miro las manos, los dedos las uñas, no para de molestarme, no para de incomodarme, no para de verse, de verme, de vernos. Atención. Parar para hacer, hacer para decir, decir para descansar. Cansa. Trabaja. Busca y no encuentra. Intensidad y frustración, ¡es-calor-frío! Avanza y detiene, se queda. Encuentra y molesta, duele, incomoda, hiere.

Valeska Orellana M.

Redpsicofem

...

Perfectamente puedo distinguir el estrés y la rabia que muchas veces me genera la sociedad y mis entornos cercanos, con sus críticas acerca de la gordura y el estándar al que todos los cuerpos se supone que debemos alcanzar. También, lo fácil que es muchas veces desconectar los recuerdos, esos fragmentos de la historia que cuenta mi cuerpo a través de sus cicatrices, colores, texturas, olores y sabores, pero que mi mente decidió olvidar. La idea de una maternidad y una auto contención amorosa versus el dolor de lo imprevisto y de lo que aún no se puede integrar... que me inundan de miedo y también de una idealización del bienestar.

Yo iba corriendo, el sol me cegaba a ratos, el viento movía mi pelo quizás, sólo quizás... era muy chica. Sólo recuerdo ver a mi mamá de lejos junto a su amiga. Mi mamá gritaba: *¡No corras, te vas a caer!* A mí me gustaba sentir la velocidad y el control que podía tener sobre ella, jugar con ella... Solamente recuerdo estar en el suelo y mi mamá llegando a pararme. Me levanto y creo que ese fue el dolor más grande que por primera vez sentí. Sentí también una gota caliente corriendo por mi pierna y la cara de mi madre que veo asustada indicando una piedra que con su filo se me había enterrado... más gotas, muchas más gotas en mi rostro arrugado y mi garganta apretada gritando. Mi primera cicatriz en la rodilla derecha.

Yocelyn Calisto Rivas
Redpsicofem

VI. POTENCIAS

Metrónomo rebelde

Siento mi cuerpo conmovido por diferentes sensaciones. Plenitud y regocijo por verme y reconocirme en les otros, en este espacio. Miedo y tristeza por recordar el dolor y la violencia. Alegría de poder compartirlo con ustedes.

Siento lágrimas tras los ojos, un cosquilleo en la garganta y el corazón golpeando fuerte mi pecho. Esta conmoción la llevo, la expreso y la bailo. Mi cuerpo, como un metrónomo rebelde, es quien indica los ritmos y sonidos; rítmicos, fluidos, otras veces arrítmicos y disonantes. Con mi cuerpo basta para hacer con aquello que a mi cuerpo lo conmueve, justo ahí donde las palabras se escapan y tropiezan.

Andrea Molinari
Redpsicofem

Cuerpo

Bosque-tierra-agua
Vivido-sobreviviente-disidente
Amado-amante-abyecto

Incómodo-incorreto

Dolor y lágrimas que guardo en cajas

Crucé el océano para encontrarme.

Lo prefiero sintiente, agudo, intenso

Imperfecto siempre es mejor que perfecto

Indócil, insolente, irreverente

Histe(o)ria mejor que silencio

Afuera mejor que adentro.

Neuronas aferentes mejor que Xanax.

Curvas incorrectas, imprecisas, imperfectas

Cicatrices como trofeos

Gnosis, el tiempo pasa

La cabeza corre a mil, mientras el cuerpo yace.

Cuerpo historia

Cuerpo memoria

Cuerpo prosa

Cuerpo discurso y transcurso

Cuerpo resistencia

Cuerpo resiliencia

Cuerpo legado y futuro

Cuerpo desarme y ensamble

Cuerpo migrante-trashumante

Cuerpo categorizado-despojado

Cuerpo en permanente cambio.

Angélica Abarca /ANGE

Redpsicofem

Desgarros tras desgarros

CICATRICES QUE SUPURAN CADA
CIERTO TIEMPO
ESTOY VOLVIENDO A MI
CUERPO LENTAMENTE...
ASUMIENDO LOS VACIOS DE LAS MEMORIAS
CON LAS RESISTENCIAS VIVAS DE MIS PAISANXS
SIGO VOLVIENDO, REARMANDOME...
TODOS LOS DIAS CON EL
AMANECER DE LOS TIEMPOS

AM DETENIDA EN EL ESPACIO
AM QUIERE REGRESAR
AM MAPU
AM KO
AM KUTRAL
AM KURRUF
AM

Margarito Calfío

...

Mi cuerpo es sinónimo de historia, de
memorias, de experiencias...

Aquellas huellas en mi piel

hablan historias,

atraviesan la carne.

Hablan de amores, de rabia, dolor,

transformación y procesos.

Dicen de vida,

dicen de movimiento,

dicen quizás, de deseos.

Eva Bravo
Redpsicofem

...

Con facilidad las ondas sonoras hacen mover esta cuerpa vibrante. Flotando a pasos coreografiados, fui aprendiendo de la capacidad del pulso de la vida. Mientras me aferro, dejo las dudas y trepo. Me entrelazo, me abrazo y suelto. Desenrollada, los soplos del viento me dejan caer en un suelo fértil, me acurruco frágil y fuerte a la vez, a un nuevo comienzo, celebrando la vida.

Colectiva por la defensa de la semilla

Experiencias con el cuerpo

C uerpo expuesto
Cuerpo odio
Cuerpo grande

Cuerpo mío

Cuerpo cotidiano

Cuerpo insuficiente

Cuerpo bombardeado

Cuerpo desobediente

Cuerpo lienzo

Cuerpo amor

Cuerpo contradicción

Cuerpo instrumento

Cuerpo erótico

Cuerpo mutable

Cuerpo cyborg

Cuerpo biología

Cuerpo social

¿cuerpo cuerpo?

C. Elena Inostroza Boitano

...

Hoy ha mejorado bastante, estoy más consciente y a gusto, cada vez más. Mucho tiempo no estuve a gusto, sin embargo, ahora, me apruebo sin reproches, trato de alimentarlo cuando lo necesita y desde una agricultura compasiva con la tierra. Me muevo bastante para no perder la resistencia adquirida a través de los años.

Hoy me siento conectada con mis emociones, le doy la importancia que se merecen y desde ahí proyecto con mi cuerpo lo que quiero y siento, es un trabajo progresivo, pausado, sin flagelo, con determinación.

Este último tiempo, el canto ha sido mi camino de sanación y equilibrio, alquimia de la voz le dicen. Me ha hecho nuevamente buscar la guitarra y unirla al canto de mi transformación interior, la cual junto al fuego me conectan con los ancestros, con lo esencial, los elementos y la cosmogonía. La física cuántica ocupa un lugar muy importante en mi vida, en mi cuerpo, en mi diario vivir, en mi ser, pensar, sentir.

Colectiva por la defensa de la semilla

Biografía de mi cuerpo

Mi cuerpo es un canal de expresión, es un constante comunicar y transitar. Toda mi corporeidad tiene un mensaje, revela mi identidad y mi sentir. Me siento agradecida con mi cuerpo fuerte que me acompaña, me lleva y se transforma conmigo con el pasar de los años, mi eterno refugio.

Siempre me ha gustado vestirlo con faldas y vestidos, me siento liviana con ellos, me siento en movimiento, son entretenidos, pero venían acompañados de una condición: “piernas cruzadas”, de lo contrario era *poco señorita*, se me podrían ver los calzones. Entonces me puse calzas debajo para poder moverme libremente, pero no era suficiente. Entonces usé pantalones, pero no era suficiente. Me di cuenta que aquella condición en realidad no remitía a mi vestir sino a mí.

Siempre me ha gustado aprovechar la fuerza que tiene mi cuerpo y hacer el trabajo “duro”, si hay que levantar peso, como sacos de leña en invierno lo hago, si hay que martillar lo hago, si hay que correr lo hago, pero me dicen los hombres: “no te preocupes, eso está pesado yo lo hago por ti mejor”. Entonces levanto algo de más peso, martillo más clavos, corro más lejos, pero aquella limitación, no aceptar que puedo hacerlo, en realidad no remitía a mi capacidad física real, sino a mí.

Siempre me ha gustado ser independiente y caminar por donde quiera a la hora que quiera, pero ahí había alguien insistiendo en que no podía, en que por favor volviera con alguien, en que no me quedaría a deshoras: mi abuela, mi papá, mis hermanos, mi mamá, mi amiga, mi hermana. Entonces insistí en volver sola y aún más tarde, insistí en caminar por el callejón oscuro, porque yo podía, pero no importaba cuan valiente fuera, no remitía a eso el no poder hacerlo, sino a mí.

A mí, a mi mujer, a nosotras, limitaciones y condiciones a la corporeidad que atrae miradas, a la corporeidad que es delicada, a la corporeidad mujer.

Florencia Swinburn Allende
Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

Biografía Corporal

Mi cuerpo es el instrumento con el que toco la vida.

Mi cuerpo es el lugar en el que están alojadas mi subjetividad, mis emociones y mis sentidos.

Mi cuerpo está sujeto a condicionantes estructurales de toda índole: sociales, económicos, políticos y culturales. Soy producida al mismo tiempo que produzco mi cuerpo constantemente, a través de las acciones del día a día.

Mi cuerpo es el lugar desde el que habito el mundo, en el que se materializan mis experiencias y relaciones.

La primera vez que fui consciente de mi cuerpo fue cuando nació mi hermana, a los 3 años, pero, sobre todo, cuando ella adoptó cierta autonomía y empezó a demandar estar cerca de mí todo el tiempo. Fue el primer momento en el que recuerdo haber reclamado mi individualidad, al sentirme asediada. Con el tiempo y la convivencia intensa, he llegado a construir un vínculo con mi hermana que me hace sentir que compartimos un mismo cuerpo, o más bien, que nuestros cuerpos han sido modelados por las mismas sustancias. Lo hemos comentado y ella también lo siente así.

Creo que el proceso más fundamental, que marcó la conciencia de mi propia corporalidad y que me

abrió preguntas respecto a los límites de mi propio cuerpo, fue precisamente el haber sido criada junto a mi hermana, compartir pieza, las comidas, el hambre, el frío y el calor.

Javiera Navarrete
Diplomado en Estética, Feminismo y Crítica

VII. DESDE OTROS LUGARES

Futuro Tecno

No soy transexual, pero mi sexo
está tránsito
No soy lesbiana, pero mi amor es hacia
las mujeres
No soy poeta, pero intento testimoniar lo privado
No entiendo nada, pero quiero abordarlo todo
Mi CUERPO sabe más que yo
hay un instinto que se conecta con lo anterior
ella sí recuerda
ella me habla,
pero yo
a veces
solamente la escucho.

Sandra Villanueva

Cuerpo fantasma

Por algún tiempo —no sé cuánto, creo que al menos fueron un par de años— tuve una relación de exterioridad con mi cuerpo. Lo veía desde afuera, me observaba, no me sentía, solo actuaba. Era una relación extraña, se vivía como una constante equivocación, haciendo cosas que no entendía y que no quería. En realidad, no era consciente de esa des-corporalidad, solo lo entendí hasta que esa relación comenzó a cambiar.

Un cuerpo se puede convertir en fantasma de muchas maneras, todas ellas ligadas a opresiones materiales y/o simbólicas; la mía fue a través del abuso en varias de sus formas. Sucedió que en algún momento de mi vida adulta la conciencia que me permitía identificarme como mujer, se vio obligada a desprenderse, a dejarse fuera, a silenciarse para perder grados de realidad, poder evadirse y lograr sobrevivir. De este modo, mi cuerpo quedó inconcluso, errático, desconectado, funcionando, pero profundamente dañado.

Un cuerpo nunca es eterno, no sigue toda la vida igual. El sanar mi cuerpo fue volver a dar vida a un territorio fantasma. Es un proceso intenso, pesado y nunca lineal.

Hoy mi cuerpo calza perfecto, está en su lugar, mi mirada está adentro, me siento unida, no desprendida, no hay dislocaciones. Lo que existen son

constantes devenires, altos y bajos, pero con destellos de certezas que afirman que lo fantasmal quedó atrás.

Sandra Villanueva
Investigadora postdoctoral
Instituto de Estética UC

Se desprende

Se desprende mi sangre al unísono
con el mar. Siento olas de espuma
reventando en mi vientre

Me resigno a la soledad de mi respiración mientras
abrazo a la niña desconsolada que hoy me habita

¡Tanto dolor maduro ahora muerto
que corre por mis piernas!

Peinar mi pelo con los dedos, sopesar su largo.
Detenerme en cada nudo, hacer silencio

LA TIBIEZA DE LA SANGRE ENTRE MIS PIERNAS

Este agotamiento de no saberme, no
reconocerme, no contestarme

Habitarme, desnuda frente al espejo recorriendo
mis sombras, palpando los dolores. Sostener
mi vientre con las manos cruzadas

Esta contradicción que retuerce mis entrañas

La mueca de mi cara

La congoja de mis brazos lánguidos

Mi mirada absorta en la mirada.
Mi corazón atento al corazón. Mis ojeras
construyendo un monumento al insomnio
de anoche. Toda yo, con miserada

La respiración lenta como pausa. Las palabras
transparentes que rondan mi cabeza. La
última vez que mis pelos se erizaron con
tu voz que atravesaba los mares. Los ojos
tristes que cargo con la sonrisa tan alta

HABITAR TODAVÍA EL JUEGO
INÚTIL DE SENTIRME AQUÍ

La útera inflamada, las piernas débiles,
la sangre goteando al suelo

Yo no soy este traje del hastío
Yo no soy esta dolencia de soñarme en tu pecho
Yo no soy la lluvia que ahora arrastra por las
calles las hojas de este otoño desbocado

Saborear el espejismo inútil, impreciso
de mí misma. Arder, consumirme toda
el fuego. Toda yo, contradictoria

La ira aterrizando en mis manos

La rabia ancestral contenida en mi vientre

EL GRITO EXPLOTANDO POR EL BALCÓN

Antonieta Castro Moya
Profesora feminista

Parto partida en el parto

parir descalza/ como empezando

Vagido, Verónica Zondek

La vida parte como una volcana / bola de
fuega en la profundidad de la entraña
abriéndose ruda la novena la balanza /
colmada de la aire de una noche estivala

Ojitos de mar profetiza mi mano en su estrella /
sudorosa exhausta esa llama
mi sudora esa fuega / esa volcana / incrustada /
se expanda / se parta / se raje
Parto inicio / Parto surco
De mi vientra / a la teta

la misteria

extasiada.

Fanny Campos
Poeta

Todas íbamos a parir con placer...

*Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus
embarazos con dolor parirás a los hijos*

(Génesis 3, 16)

La criatura plácida pierde los estribos
Secuestran su latido rítmico
El orgasmo niegan en los partos
un crucifijo y una estrella de David

La dulzura del útero / cuna de mareas /
remecida bruscamente
y maldecida por un mal dios / semejante al
hombre blanco
que conquista y doblega
que pretende aún colonizar/ humillar y poseer
a la madre
tierra.

Fanny Campos Espinoza
Poeta

Regalo mi sangre menstrual a la tierra

Roja vida acuosa entregada a las raíces
carmín madre al ciclo vital
en cada luna llena
doce veces al sol sagradamente
hasta que se vacíe de esferas mi destino
en las cuatro décadas del humus.

Fanny Campos
Poeta

